

JUN. 2020

Nº 17



RELATOS INCREÍBLES
Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

CORDERO • LÓPEZ • SALDÍVAR • SABOGAL • RIVERA • CHAMBI • CEVASCO

EL CÓDIGO UTÓPICO

~ y otros relatos ~



GERARDO
ESPINOZA



CRÉDITOS

17

© 2020 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)
© 2020 Pedro Cordero, Luis López Núñez, Carlos Enrique Saldivar,
Isabel Sabogal, Falco Rivera, Merlin Chambi, Julio Cevalco.

Directores: **Héctor Huerto Vizcarra,**
Gerardo Espinoza

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Sergio Mars, Víctor
Conde, Otilia Navarrete, Miguel
Huertas, Tanya Tynjälä y Daniel
Arteaga.**

Diseño de portada: **Gerardo Espinoza**

Diagramación: **Gerardo Espinoza**

Corrección de estilo: **Héctor Huerto
Vizcarra**

Revista digital de fantasía, ciencia ficción
y terror **Relatos Increíbles**

N° 17: **Junio 2020**

ISSN: **2413-9017**

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

www.patreon.com/relatosinc

Email: **relatos@acuedi.org**

facebook.com/relatosincreibles

Twitter: **@RelatosInc**



ÚNETE A LA
COMUNIDAD



COLABORA
CON NUESTRO
PROYECTO

ENTRA A:

► patreon.com/relatosinc





ÍNDICE

Editorial	05
Entrevista	06
Una puerta hacia la nada	08
XIII El príncipe humillado	14
Los hombres de arena	17
El día de Claudio	25
La luz al final del túnel	34
La hora U	44
El código utópico	46
Autores	53
Reseñas	55

EDITORIAL



Han pasado cinco años desde que empezamos a publicar esta revista y muchas cosas han cambiado. Gracias a *Relatos Increíbles* me convertí en editor y he conocido a fabulosos escritores. No ha sido un derrotero sencillo. Tuvimos que tomar un poco de aire para retomar esto. Reunir fuerzas y empezar de nuevo. De hecho, el mundo nos demuestra en esta coyuntura, que no es difícil sobrevivir como colectivo humano, pero que la posibilidad de nuestra sobrevivencia se encuentra en nuestra capacidad de trabajar en conjunto.

Por eso, este es el mejor momento para que *Relatos Increíbles* regrese de forma periódica bimensual, porque detrás de la revista existe una comunidad de lectores y escritores que ansía literatura de fantasía, ciencia ficción y terror de calidad. Aquí no se trata de hacer lo mejor posible, se trata de hacer lo imposible por escribir de cara a la posteridad. Como bien lo dice Aldana Loureyro en la entrevista que incluye este número, hace falta compromiso para escribir de la mejor manera posible.

Y también le pedimos compromiso a quienes nos siguen y disfrutan de la revista. Hemos creado una página en Patreon (<https://www.patreon.com/relatosinc>) para que puedan apoyar mensualmente nuestro proyecto. Además, cada nuevo número de la revista a partir de ahora se venderá en sus formatos PDF y EPUB en sus plataformas de ebooks favoritas. Incluso pueden comprar una versión impresa de la revista gracias a Amazon. Luego de dos meses, los números serán liberados para su libre distribución en nuestra plataforma de Biblioteca Digital ACUEDI.

En este número tenemos un fabuloso cuento de portada de **Luis López** ubicado en un futuro cercano donde el ser humano ha perdido su libre albedrío por el sueño de vivir en paz. ¿Se puede ser feliz en un mundo sin conflictos pero sin mayor libertad? Luego tenemos un cuento de **Falco Rivera** en donde la búsqueda de la marihuana ideal puede esconder deseos realmente macabros. En el cuento de **Pedro Cordero** tendremos un conflicto interestelar donde una flota de naves tendrá que enfrentarse con una fuerza alienígena sumamente destructiva. En cambio, **Isabel Sabogal** nos transporta a un relato entre lo poético y lo divino. Mientras, **Julio Cevalco** nos presenta otra historia de Oscuro, donde un elfo rememora la mala hora en que se cruzó en su camino. A su vez, **Carlos Saldívar** nos sitúa en un terrible fracaso amoroso que lleva a sus protagonistas hasta un extremo completamente insospechado. Finalmente, **Merlín Chambi** describe a un grupo de soldados que pareciera atrapado en un bucle del tiempo que se hace destructivamente infinito.

Héctor Huerto Vizcarra
Director de Relatos Increíbles

ME GUSTA QUE MIS CUENTOS TOQUEN DISTINTOS TEMAS Y SIRVAN PARA PENSAR

Aldana Loureyro

(Buenos Aires, 1998) Estudiante de veterinaria en la Universidad de Buenos Aires. Estudió en el instituto Agustiniiano. En 2017 la revista *Relatos Increíbles* publicó «Sentencia», uno de sus cuentos. En 2018 terminó su primer libro, *La sociedad de los conejos*.



HHV: Aldana, ¿qué significa la escritura para ti?

AL: Siempre me pareció muy interesante como en la literatura, así como en otros medios artísticos, se pueden crear mundos, personajes e historias que se pueden sentir tan reales que las personas pueden llegar a empatizar o a sentir cosas al leer. Esta posibilidad de crear es en parte lo que hace que me guste tanto la escritura. Además, es también una forma de expresarme, ya que al escribir cuentos muchas veces busco que estos sirvan para pensar. En la mayoría de mis cuentos intento tocar distintos temas para invitar al lector a reflexionar sobre ellos.

HHV: ¿Cuáles serían tus principales influencias literarias? ¿Por qué?

AL: Principalmente destacaría los libros que leía de chica, que fueron los que hicieron que me guste tanto leer y los que me hicieron querer escribir. El primer autor que leí fue R. L. Stine, un escritor de novelas de terror juveniles. Gracias a sus historias fue que tuve interés en leer más libros. Luego empecé a leer literatura fantástica, que pasó a ser mi género favorito, y gracias al cual empecé a escribir. Podría destacar algunos de los autores que más me gustaron como Philip Pullman, Kristin Cashore, Rick Riordan, Patrick Rothfuss, entre otros.

HHV: ¿Qué crees que se necesita para ser un escritor en estos tiempos?

AL: No sabría decir lo que se necesita, ya que escribir es algo muy personal y, probablemente,

sea diferente para cada persona, aunque puedo decir lo que es más importante para mí. En primer lugar, creo que es necesario leer mucho, así como escribir mucho. Yo nunca tuve ninguna formación académica en la escritura, más allá de la escuela, y creo que aprendí a escribir justamente así: leyendo mucho y escribiendo. También me parece muy importante el compromiso. Especialmente cuando quise escribir novelas, me era muy difícil comprometerme a escribir rutinariamente para que la historia no quede sin terminar. Por eso, es útil ponerse metas, como escribir cierto número de páginas por semana o una fecha para terminar la historia. Creo que en estos tiempos hay muchos medios que facilitan el acceso a la escritura. Con Internet, mucha más gente tiene la posibilidad de darse a conocer y es importante aprovechar esto.

HHV: ¿Para ti que significa la revista *Relatos Increíbles*?

AL: *Relatos increíbles* para mí fue la primera oportunidad de hacer llegar uno de mis cuentos a más gente. Antes de eso, estuve un tiempo enviando cuentos a concursos y otras convocatorias, pero no había tenido suerte. Así que me sorprendí mucho cuando, en esta ocasión, me dijeron que mi historia había sido aceptada. Creo que la revista es una oportunidad genial para muchos escritores al dar la posibilidad a cualquiera de participar con sus cuentos, así como darnos la posibilidad a todos de acceder a ellos fácilmente para poder disfrutar de buenas historias.

HHV: ¿Hay algún número de la revista que te guste particularmente o algún autor que hayas leído en la revista que haya llamado tu atención?

AL: Uno de los cuentos que más me llamó la atención de la revista fue «Noche de Santiago» de Ramiro Chávez. En ella, un artista busca inspiración intentando ver la noche desde otro ángulo. La idea de la historia me pareció muy interesante porque, tanto en la escritura como en el dibujo, muchas veces me cuesta encontrar inspiración o ideas. Y en general, estas suelen llegar de situaciones que no esperaba. De alguna forma, esto es lo que pasa en el cuento. También «El precio de la guerra», de Miguel Huertas, que en pocas páginas nos presenta una historia que resulta muy atrapante gracias a una escritura fluida y personajes muy carismáticos. Por otro lado, la saga de Onírca, de Pedro Castro, también me gustó mucho. Nos presenta una situación extraña que atrapa mucho, ya que al principio entendemos tan poco como el protagonista y luego nos muestra un mundo y personajes muy creativos. Leerlo me recordó un poco a Alicia en el país de las maravillas.

HHV: ¿Por qué decides publicar La sociedad de los conejos?

AL: Decidí publicarlo gracias a las críticas positivas que recibí. El libro nació gracias a un concurso organizado por dos editoriales, en el cual los libros ganadores serían publicados. Para participar, decidí recopilar mis cuentos favoritos de entre los que tenía escritos en ese momento. No tuve suerte en el concurso, pero estaba muy feliz con el resultado de mi libro, ya que lo compartí con amigos y familiares y a ellos les gustó mucho. Así que decidí que quería publicarlo.

HHV: ¿Cuáles son tus cuentos favoritos de La sociedad de los conejos? ¿Por qué?

AL: «Monstruo» es uno de mis favoritos porque habla de un tema que me parece muy serio, que es juzgar a la gente sin conocerla, ya sea por su apariencia física, raza, género, etcétera. Si bien en el cuento está llevado a un extremo, creo que esto es algo que pasa mucho y es algo muy triste que puede hacer mucho daño en las personas. También me gusta mucho «Corazón de madera». Cuando lo escribí, la idea que tuve fue hacer una analogía a la vida usando un muñeco de madera, representando las etapas de la niñez, la adolescencia y la adultez. Probablemente es uno de los cuentos más personales que escribí. También mencionaría «La sociedad de los conejos» por los temas que se tocan en el cuento. La importancia de la esperanza, de tener la compañía



de los demás y el conformismo ante los problemas.

HHV: He leído con mucha atención tu libro y lo encuentro fascinante por lo intimista que puede llegar a ser. ¿Cuánto de Aldana tiene cada uno de tus relatos?

AL: Probablemente mucho, aunque intento que sea lo menos posible. Me gusta que mis cuentos toquen distintos temas y sirvan para pensar, y no que transmitan mi opinión. Me gustaría que cada persona que los lee pueda tener su interpretación, y en parte creo que esto pasa, ya que hablando con amigos sobre mis cuentos, algunos me dijeron cosas que yo no había pensado al escribirlos.

HHV: ¿Qué novelas podrías recomendar a nuestros lectores para iniciarse en estos géneros de fantasía, ciencia ficción o terror?

AL: De fantasía podría mencionar dos de mis sagas favoritas, que son La materia oscura de Philip Pullman y El nombre del viento de Patrick Rothfuss. Los dos son muy interesantes y el segundo, aunque es largo, en ningún momento se hace pesado o aburrido. De ciencia ficción y terror no leí tanto como fantasía, pero lo que más me gustó dentro del género es El juego de Ender de Orson Scott Card y las historias de H. P. Lovecraft.



Una puerta hacia la nada

Por: *Pedro Cordero*

Un par de ojos entrometidos viajaban por la inmensidad del espacio, saltando de sistema en sistema, buscando por todos los rincones del sector Savensis cualquier rastro que pudiera llevarlos a la flota nómada. La persecución había sido incansable y, tras realizar el último salto al hiperespacio, el piloto de la sonda de exploración volteó a ver a su oficial al mando que se encontraba parado tras de él. Al joven Adiran, tribuno del acorazado Grypus, nave insignia de la décima flota ileni, y le preguntó con serena marcialidad:

—¡Tribuno! La sonda de exploración acaba de realizar el salto al hiperespacio y tardará una hora en llegar a su destino. ¡Solicito permiso para abandonar el puente y buscar algo de comer!

—¡Puede retirarse decano! Tiene quince minutos —respondió Adiran tranquilamente. El decano se levantó de su asiento y estiró el brazo hacia el frente en señal marcial, y se retiró del puente de la nave. Adiran observó detenidamente a aquel decano, oficial que conocía de su tiempo en la academia estelar en el planeta Udine, y al que consideraba sumamente competente.

Con el pensamiento de la flota nómada se dirigió a su asiento, desde el que se veía el enorme puente de la nave, completamente iluminado por el brillo esmeralda de las consolas holográficas, y se sentó a meditar mientras contemplaba las oscuras profundidades del espacio. Los reportes que habían recibido eran estremecedores: relatos de una flota de enormes naves plateadas que causaban estragos en los puestos mineros y apartadas colonias del sector Savensis. «¿Quiénes son? ¿Serán hostiles? ¿O solo será confusión por el primer contacto?» Se preguntaba Adiran constantemente. Su duda no era vana, el contacto de los ileni con las otras especies que formaban la Unión Galáctica había sido igual de turbulento. Ansiaba por combatir y probar su valía en el ardiente crisol de la guerra.

La hora pasó rápida y un fuerte pitido se escuchó en todo el puente de la nave, seguido de la voz del decano que controlaba la sonda de exploración, que exclamó:

—¡Tribuno! La sonda de exploración salió del hiperespacio a dos millones de kilómetros de la boya hiperespacial del sistema Syagrius.

He comenzado a escanear y espero órdenes para adentrarla en el sistema — Adiran encendió la consola holográfica de su asiento y le pidió a la computadora que mostrara un mapa del sistema Syagrius, que apareció un par de segundos después. El sistema se componía de una estrella clase G, que era orbitada por una enana café y un par de estériles planetas.

—¿Alguna señal de la flota alienígena? —inquirió Adiran entusiasmado, abrumado por la sensación de la adrenalina, efecto de su nuevo cuerpo al que aún no se acostumbraba.

—Los sensores de la sonda detectan una veintena de señales de calor en el espacio que hay entre la estrella del sistema y la enana café que la orbita, así como rastros de antimateria y de una aleación desconocida.

—¿Qué tipo de señales?

—Una de ellas es potente tribuno, su tamaño y potencia de fuego debe ser superior a la de cualquier acorazado de la Unión. Dos de ellas encajan con lo que clasificamos como cruceros y las demás tienen emanaciones de calor similares a las de nuestros destructores y fragatas.

—¡Una flota poderosa! Pero algo no encaja, son muy pocas naves para haber desolado el sector en tan poco tiempo —razonó Adiran poco preocupado, por lo que le ordenó al decano—: Dirija la sonda rumbo a la enana café y despliegue el satélite de vigilancia cerca de uno de los campos de restos de alguna estación minera, con suerte la radiación de la enana y los demás restos impedirán que los alienígenas detecten el satélite. Tan pronto complete esa tarea, acerque la sonda lo más que pueda a la flota alienígena y obtenga todos los datos que estén a su alcance, los vamos a necesitar si queremos emprender un ataque exitoso.

—¡A la orden tribuno! —tras dar aquella orden, Adiran se quedó en su asiento observando el mapa del sistema Syagrius, meditando sobre la potencia de la flota enemiga, ansioso de entrar en combate. La noche pasó lenta, entre ansias y dudas que lo carcomían y volvían cada minuto más largo que el anterior.

La guardia nocturna terminó con el sonido de trompetas y tambores que se escuchó repetidamente por todo el puente de la nave, seguido del incesante traqueteo de la tropa que se dirigía a relevar a Adiran y al resto de los tripulantes. Las puertas del puente se abrieron y dieron paso al legado de la nave, un tozudo ileni en cuerpo Sidhfar llamado Atilius, seguido de cerca por una docena de tripulantes marchando todos en perfecto orden. Adiran se levantó de su asiento y se dirigió al encuentro del legado, al que recibió con un saludo marcial, estirando el brazo hacia el frente. El legado regresó el saludo y le preguntó en voz alta:

—¿Qué noticias me tiene de la guardia nocturna, tribuno?

—La prospección del sistema Syagrius ha sido un éxito, legado. ¡Hemos hecho contacto con la flota alienígena! —le informó Adiran entusiasmado. La noticia alteró la apacible mañana del legado y lo abrumó por completo, endureció su rostro y lo dejó en silencio. Al no obtener respuesta de su oficial al mando, Adiran continuó hablando—: La sonda de exploración descubrió una veintena de naves ancladas a cien millones de kilómetros de la

estrella del sistema, las imágenes de la sonda de exploración revelaron que estas se encuentran protegiendo una gigantesca estructura en construcción de forma esférica.

—¿Alguna idea de lo que es?

—No estoy seguro, legado, los sensores revelan que está compuesta de varias capas, cada una fabricada con diferentes aleaciones ferromagnéticas y superconductoras, así como una serie de satélites que orbitan la estrella del sistema. Me tomé la libertad de enviar los datos al decano encargado de la cubierta de ingeniería y me comentó que los materiales usados en esta y la cantidad de energía producida por los satélites debería ser suficiente para crear un agujero de gusano.

—¿Un portal? Eso no tiene sentido... —razonó el legado bastante preocupado—. Estabilizar un agujero de gusano consume demasiada energía. Hay formas más eficientes de viajar por la galaxia.

—A no ser que no planeen un viaje por la galaxia. La flota alienígena ha utilizado nuestra red hiperespacial para devastar el sector sin problema alguno. Si están construyendo un portal capaz de estabilizar un agujero de gusano es porque planean viajar de algún lugar muy lejano, los Dioses sabrán de dónde.

—Lo que sugiere es desconcertante, tribuno, pero no puedo negar su razonamiento, le comunicaré sus hallazgos al pretor. Él decidirá el curso que tomarán las flotas. Por cierto, ¿qué pasó con la sonda de exploración? —Adiran percibió la terrible preocupación que sentía el legado, pues él mismo había pensado en todas las implicaciones que aquel posible portal representaba. Si veinte naves habían devastado el sector Savensis, no quería pensar en lo que podría hacer lo que fuera que aguardara tras aquel portal hacia la nada.

—Fue destruida por una de las fragatas alienígenas tan pronto se aproximó a doscientos mil kilómetros de la estructura —respondió Adiran tranquilamente—. La salva provino de una batería láser, su descarga fue de una frecuencia de cuatrocientos cincuenta nanómetros y su potencia fue equivalente a treinta y cinco toneladas de alto explosivo. Una capacidad destructiva similar a las baterías de protones de nuestros destructores.

—Entonces avanzaremos sobre el sistema a ciegas... ¿Cree que debemos?

—No, legado, ordené que la sonda desplegara su satélite de vigilancia, hasta este momento la flota alienígena no lo ha detectado —Atilius suspiró, se veía muy turbado y Adiran notaba claramente un rastro de miedo en los ojos del legado, trazas que antes apenas había percibido en aquel sujeto. Aquello preocupó al joven tribuno, pues le confirmó lo que siempre había temido. Adiran salió del puente, momento en el que fue abrumado por el cansancio y se dirigió rumbo a su camarote a descansar, suponiendo con gusto que su bautizo de fuego era inminente.

Una semana tras el descubrimiento de la flota alienígena en el sector Savensis y tras haber obtenido autorización de la jerarquía, la fuerza de ataque ileni se puso en marcha a encontrarse con el enemigo. Adiran estaba asombrado con la eficiencia que la jerarquía había mostrado con respecto a las incursiones de aquellos alienígenas, no habían llevado a cabo la clásica deliberación

democrática de los ileni y habían ordenado la rápida destrucción de la flota forastera, que tras semanas saqueando naves de comercio y pequeñas colonias, había desolado el sector.

Adiran observaba gustoso desde el puente las distorsiones blanquecinas del túnel hiperespacial por el que viajaba el Grypus. Veía con satisfacción el camino que lo llevaba a la guerra, lo hacía confiado pues en su mente la victoria era algo fehaciente, superaban al enemigo con casi el triple naves y el plan de ataque, que el pretor de la flota había ideado, era sensato. Un movimiento de pinza en cuatro ejes que, aprovechando la superioridad numérica ileni, debería envolver a la flota alienígena para destruirla antes de que pudiera desplegarse y aprovechar al máximo el poder de sus armas.

El túnel hiperespacial desapareció en un instante y las oscuras extensiones del sistema Syagrius se abrieron frente a sus ojos, miles de millones de kilómetros de profunda oscuridad, resquebrajada por la tenue luz de la estrella de aquel sistema que brillaba hermosa como faro.

La consola holográfica de Adiran comenzó a pitar con fuerza. El joven tribuno apartó sus ojos del vacío y volteó inmediatamente a esta. Vio que había una llamada entrante del acorazado Fénix, nave insignia de la fuerza de ataque ileni.

—¡Legado! Tenemos una llamada entrante de la nave del pretor —le indicó vehementemente Adiran al comandante de su nave.

—Transfírela a la consola principal, tribuno —Adiran tecléo rápidamente en su consola holográfica y transfirió el mensaje a la consola del capitán, que mostró el escamoso rostro del cuerpo artificial del pretor, que comenzó a hablar poco después.

—Legado, tiene autorización para avanzar. ¡Buena suerte! —la comunicación con el Fénix se cortó, dejando al legado convertido en un manojito de nervios. Aquel perturbado sujeto volteó hacia Adiran y le dijo con una voz seca, casi entrecortada:

—Tribuno, encárguese de informarle a las naves que componen nuestro eje de ataque que avanzamos de inmediato.

Media hora más tarde la flota se puso en marcha, los cuatro ejes de ataque avanzaron por el sistema Syagrius a una velocidad moderada, conservando la mayor cantidad de combustible para la batalla que se aproximaba. Las naves ileni cruzaron el espacio sobre el polo norte de la enana marrón, a quinientos mil kilómetros de distancia. Conforme lo hacían, aceleraron a velocidad de combate y se enfilaron hacia el enemigo.

Adiran observaba las imágenes de la flota enemiga, así como otra serie de datos que eran transmitidos a su consola por los sensores del acorazado. La flota enemiga había encendido sus motores y las emisiones de calor en estas se incrementaba minuto a minuto conforme ponían sus armas en línea. Adiran vio con vehemencia como la distancia entre ellos y las naves alienígenas se acortaba; dos millones de kilómetros, un millón de kilómetros, quinientos mil kilómetros, en ese momento, los ejes de ataque comenzaron a separarse y maniobraron para envolver a la flota alienígena.

El Grypus lideraba una formación de ocho naves; en el centro iba el acorazado rodeado por las fragatas Augusta, Gemina y el destructor Fidelis; en la punta de la formación se encontraban el crucero Gloria Immortalis y la fragata Fretensis; y en la retaguardia iba el crucero Adstrum Domitor y el destructor Indomitus.

Las naves ileni avanzaron audazmente hasta que se encontraron a trescientos mil kilómetros de distancia de la flota enemiga. En ese momento, todas las alertas del puente del Grypus se dispararon, sirenas comenzaron a tintinear ominosamente y el tribuno encargado de la sección del puente que controlaba los escudos, exclamó en voz alta:

—¡Legado! Varias naves enemigas acaban de abrir fuego sobre el Fénix —un par de segundos después, una lluvia de descargas de antiprotones y rayos láser impactaron sobre las naves del grupo de ataque que lideraba la nave del pretor. Adiran y el legado observaron impactados como el potente fuego enemigo golpeaba al Fénix, colapsando sus escudos y dañándolo seriamente, seguido de dos fragatas que se partieron en pedazos tras ser alcanzadas por varias descargas láser.

El legado se quedó frío al ver la imagen de sus naves desmoronándose, con los ojos perdidos en la pantalla de su consola holográfica, que parpadeaba incesantemente mostrando diferentes mensajes de alerta. De pronto, la nave se zarandeo con fuerza tras ser alcanzada por una descarga de antiprotones. Aquella fuerte sacudida sacó a Adiran del shock causado por su primera experiencia de combate. Al ver que el legado aún se encontraba congelado por el impacto, se comunicó con las naves de su eje de ataque y les ordenó abrir fuego sobre un par de cruceros que disparan contra ellos.

Ambas flotas comenzaron un intenso intercambio de fuego, lanzando cientos de andanadas de partículas y láser que cruzaban la distancia que separaba las flotas en cuestión de segundos, cuales letales saetas que centelleaban brevemente en la oscura inmensidad del sistema Syagrius.

El Grypus se sacudía con cada impacto que recibía. Minutos antes sus escudos habían colapsado y una descarga de antiprotones había dañado varias cubiertas causando casi doscientas bajas. Adiran observaba en su pantalla como varias naves de ambos bandos se resquebrajaban ante el certero fuego, lo hacía preocupado pues habían sufrido bajas. Quince de sus naves habían sido destruidas, entre ellas el Fidelis y el Adstrum Domitor.

A pesar de las pérdidas, el joven tribuno aún se sentía seguro de la victoria, la superioridad numérica ileni se iba imponiendo poco a poco. Seis de las naves enemigas habían sido destruidas, entre ellas su poderoso acorazado. Adiran sabía que de seguir así la victoria sería segura, aunque costosa.

De entre el mudo caos de la batalla, una ráfaga de descargas láser atravesó el espacio a máxima velocidad e impactó en la fragata Fretensis, cuyos escudos colapsaron y la nave explotó en un breve destello luminoso. El legado colapsó en un ataque de nervios y, para desmayo de Adiran, ordenó la retirada.

—Tribuno, ordene que nuestro eje de ataque se retire rumbo a la boya hiperespacial.

—¿Qué? ¡No podemos abandonar la flota!

—¡Ya perdimos la mitad del eje de ataque! Necesitamos reorganizarnos...

—Con todo respeto legado, si nos retiramos ahora pondremos en peligro el resultado de la batalla. El enemigo está perdiendo naves rápidamente y nosotros podemos soportar las bajas. ¡Si presionamos la victoria será nuestra!

—¡Obedezca, tribuno! —el grito del legado resquebrajó las esperanzas que Adiran tenía de una victoria y, completamente desmoralizado, transmitió los órdenes al resto de las naves del eje de ataque. El Grypus llevó sus motores al máximo y escapó de la batalla mientras descargas de energía pasaban a su alrededor, seguido de cerca por el crucero Gloria Immortalis y la Fragata Augusta. El resto de las naves del eje de ataque se habían rehusado a seguir las órdenes y se habían quedado en el combate.

Al acorazado y las naves que le acompañaban les tomó un par de horas llegar a la boya hiperespacial, tiempo en el que fueron increpados para regresar al combate por el legado que había quedado al mando de la flota tras la muerte del pretor. Atilius hizo caso omiso a aquellas reprimendas y mantuvo su curso hacia la boya.

Adiran se sentía frustrado. Veía impotente en su consola como la batalla continuaba con fiereza, como poco a poco las naves ileni se iban imponiendo sobre el enemigo. Gritaba por dentro, aquel era su bautizo de fuego y el temeroso legado le estaba robando la gloria. De pronto, escuchó al legado pronunciar unas palabras que lo hicieron estallar.

—Decano, establezca conexión con la boya hiperespacial, saltamos al hiperespacio tan pronto estemos listos —le ordenó el legado con una voz nerviosa al decano encargado del área de navegación. Adiran no soportó más y se levantó de su asiento a reclamarle al legado, estaba dispuesto a relevarlo del mando por lo que consideraba un acto de cobardía, pero de pronto uno de los tripulantes exclamó en voz alta, bastante confundido:

—Legado, estamos detectando la apertura de varias ventanas hiperespaciales... —no pasó un minuto cuando múltiples ventanas hiperespaciales se abrieron a varios miles de kilómetros del Grypus y de las naves que le seguían. De estas salieron un centenar de naves. Tan pronto lo hicieron, el tripulante siguió hablando—: Legado, las naves son refuerzos enemigos. ¿Quiere que continuemos con el salto?

Adiran observó las imágenes de aquellas naves en su pantalla, descorazonado regresó a su asiento, no estaba seguro si el enemigo les había tendido una trampa o todo era una cruel jugarreta del destino. De lo que si estaba seguro era que la batalla estaba perdida y con aquella cantidad de naves enemigas, dudaba que las naves ileni que seguían luchando pudieran escapar.

«Curioso», se dijo a sí mismo mientras veía al legado con ambivalencia. «De no haber sido por el cobarde, estaría sentenciado a muerte». Adiran se desparramó sobre su asiento y, unos instantes después, sintió el jalón del salto hiperespacial, lo hizo en silencio sabiendo que aquella batalla era el primer trueno de una poderosa tempestad.



La balada del nunca amado 13

El príncipe humillado

Por: Julio Cevalasco

Un rostro pálido se reflejaba en las aguas del Causcaba. Era un rostro alargado y maltratado de un guerrero venido a menos; una de esas criaturas que servían porque habían nacido para servir y a las que los efebos llamaban *žaeian widžid*. Empero, en los anales de la historia de las Tierras de la Guadaña, los *žaeian widžid* eran citados con nombres menos antiguos y más ortodoxos. Los escribanos los describían como criaturas primigenias, feéricas y moradoras del bosque; espíritus encarnados cuyo nombre carecía de traducción fiel. Sin embargo, en la lengua primigenia del no-mundo eran conocidos peyorativamente por la palabra «elfo».

Zdrvak na Djiezka, el elfo, contemplaba su rostro enjuagándose la cara con las turbias aguas del Causcaba y, en ese momento, pensó que no le importaba morir. La criatura se encontraba condenada. La plaga, rauda y cobarde como mordida de serpiente, había envenenado su cuerpo. De hecho, cuando el elfo se acercaba a tierra firme a bordo de *El Nenúfar de los Marjales* había sentido a la peste venir. El aliento-que-lo-carcome-todo había soplado del lado opuesto del océano como olfateando, no solo a él, sino también al resto de los tripulantes. Luego, tras la arremetida de la primera borrasca se había burlado de sus terribles y amargos destinos.

En aquel entonces Zdrvak no estaba muy seguro, pero ese fue su primer encuentro con la plaga. «El oddèchnin no zczèniën», repitió el nombre antiguo de la peste todavía siguiendo el cauce del río y, en ese instante, alumbrado por las estrellas, el elfo sintió el precio de su condena. Zdrvak enterraba las botas entre las rocas humedecidas por la espuma pasando revista a su accidentada empresa. La partida desde Cardan. La partida hacia Puertoblanco en compañía de los cardienses. Y un tercer viaje con dirección al sur, el cual había sido el último. Noches después de su desembarco, la peste lo había mordido y los primeros síntomas aparecieron luego de que sus espadas se quebraron. Zdrvak recordaba que en la ribera del río sus hojas élficas cedieron, chillaron y crujieron tras

chocar con las cegadoras de un asesino cubierto por un manto de sombras. Sin embargo, una corazonada le decía que había contraído la plaga desde mucho antes.

—La verdad es que no estoy seguro. O fue durante el combate contra ese bastardo o cuando mi barco fondeó en las Costas de la Reina Decapitada. Entonces fue cuando toda esta mierda comenzó —pensó con la vista clavada en las aguas sucias del río—. Por un carajo... Es que nunca debí haber viajado. Pero ya es demasiado tarde para arrepentirse. Además, le prometí a un amigo que rescataría a su esposa, y también... y también se lo prometí a ella.

El elfo levantó la mirada observando el rojizo horizonte. El céfiro en el follaje de unos robles primigenios comenzó a hormiguearle la piel; un aire similar al viento que astilló la quilla, las escalas y las velas de su navío. Zdrvak, con el semblante ensombrecido por la vergüenza, recordó el cadáver desnudo de la mujer amarrada en el mascarón de proa. Se suponía que era un sacrificio para la muerte. Pero en las Tierras de la Plaga la muerte estaba cansada de tantos sacrificios.

De pronto, el elfo escupió un buche de saliva en la orilla del río. El viento bufó. Y una melena negrilarga, rebelde y élfica hondeó como una bandera funeraria. Los ojos oscuros y profundos de Zdrvak parecían unos ojos de plomo; y sus orejas, otrora puntiagudas, se encontraban mutiladas hasta la altura del caracol. ¿Pero cómo se las habían cortado?

Zdrvak na Dziejka frunció el ceño y no quiso recordarlo. Cada vez que el viento soplaba un aliento cálido le calentaba las cicatrices, y no sabía si era cierto o si se lo estaba imaginando todo. Pero esa noche junto al río enterró sus remordimientos en un profundo sepulcro. Lo único que le carcomía el corazón era haber perdido contra ese asesino al que lo envolvía esa capa ancha de espectros y sombras.

—Te partió las espadas y te arrojó por las cataratas de un puntapié — se recordó. Pero también le había dejado una marca. Un pequeño obsequio—, y ahora mírate: tienes cuatro dedos menos en una mano y, para más escarnio, no solamente has perdido las puntas de las orejas. Ay. Si sales vivo de esta, con mucho mayor razón los žaėian te van a llamar Zdrvak el Mutilado. Entonces, podrás bajarte el pantalón, los calzones, y les mostrarás que todavía estás entero, que lo que realmente interesa sigue funcionando.

Pero el elfo, con una sonrisa torcida, imaginó que tal vez ni siquiera podría burlarse de sí mismo ni mostrarles su miembro. La plaga lo mataría; y si por alguna gracia divina se salvaba de su mordida, seguramente su emprendimiento terminaría podrida, con granos o no quedaría nada que mostrar. Peor aún. Si la perdía, tendría que mear sentado como las nínfiles, las elfinas y las labriegas.

—Maldito asesino de mierda, si no hubiese sido por ti no me encontraría en este puto estado —Zdrvak blasfemó. Su alarido se estrelló en el firmamento y, en el horizonte, una fisura desgarró el cielo provocando una lluvia de chaparrón y un resplandor plateado similar al de la noche del duelo. Le fue inevitable pensar en la ribera del río ni en la sombra encapuchada de su oponente a la que nunca vio venir. Solo sintió que el viento había silbado, y que luego unas hojas de acero danzaban como si fuesen las plumas de un urogallo.

Cada noche que podía Zdrvak recapitulada cómo lo habían acabado, y ahora parecía estar convencido de que un corte transversal, invisible casi, fue el que le dejó el pulgar solitario.

—¿Pero quién demonios eras? ¿Pero quién diablos se escondía tras esos ojos amarillentos y ese manto de sombras? Brujería... Te voy a perseguir, maldito hijoputa, te voy a cortar las manos y voy a hacer que te las comas.

El elfo, luego de patear una roca enfurecido por la impotencia, hizo de lado sus recuerdos y, desolado junto a la ribera, comenzó a quitarse la cota de anillas muy despacio. Sin el menor esfuerzo la arrojó indiferente sobre las rocas y escuchó el sonido del metal en las piedras. Luego se despojó de las grebas y de unos quijotes tan corroídos como sus avambrazos, codales y hombreras, las cuales se agrietaron al chasquear sobre la grama muerta. Listo. No quedaba nada de metal así que se desabotonó la camisa y se pasó la mano por el vientre. Era un vientre ceroso que se deshacía.

—Vas a morir pronto. Pero por lo menos resistirás lo suficiente para encontrarla —susurró recordando el rostro lívido de una mujer de cabellos negros que parecían seda. La mujer tenía los ojos rojos y un tatuaje en el cuello. El tatuaje de una orquídea... Luego, con el ceño fruncido, se repitió que su misión era devolverla a su esposo, mas no retenerla para él; y Zdrvak, con el corazón en la garganta, se lamentó en el más profundo silencio—. Recuerda que nunca ha sido tuya y que no lo será nunca. Tú le prometiste a tu amo... a tu amigo... que la llevarías al norte, a esa ciudadela en la cual sembró ese jardín eterno de flores hace ya tantos lustros. Así que tienes que cumplir lo que has dicho tal como él cumplió todo lo que te prometió a ti.

El elfo estiró los brazos al bostezar y sintió que le crujían todos los huesos. Zdrvak na Djiezka se agachó despacio, tomó una piedra de la ribera y la arrojó con fuerza hacia el río. La piedra dio tres brincos y cuando se hundió, el Causcaba le respondió con una erupción de agua pestilente y turbia. Entonces, el elfo pensó de nuevo en el rostro pálido de ella y después en el rostro severo de él. Finalmente, recordó a la sombra del guerrero que le había destruido la mano. Un guerrero de cabellos largos y cuyo rostro siempre se mantuvo oculto.

—Nunca vas a poder encontrarlo —tenía que ser realista, pues solo había visto sus ojos y sus armas, unas cegadoras filudas de metal negro.

Zdrvak, casi por instinto, dio un respiro. Y entonces percibió esa corriente de aire mortuorio. El-aliento-que-lo-carcome-todo. El *oddèchnin no zczèniën*. Y comprobó que a pesar de ser parte de una raza de sirvientes, su sangre era fuerte tal como decían. Porque era uno de los pocos seres en el mundo que podía resistir a la peste.

El elfo se mantuvo en silencio contemplando el reflejo de su rostro en la orilla del río. Un rostro alargado. Maltratado y mutilado. Un rostro triste.



Los hombres de arena

Por: *Merlín Chambi*

Martín

—¡Bomba! Al suelo —gritaron desde afuera una decena de voces horrorizadas.

El sonido infernal de la explosión retumbó por toda la base. Aun con los ojos enrojecidos por haber despertado tan bruscamente, pero conservando los reflejos felinos que adquirió durante su entrenamiento, el soldado Martín se puso de pie casi al instante en que oyó el grito.

Salió velozmente, empuñó el rifle y se dirigió al patio para evaluar los daños. Tres cuerpos rígidos en el piso señalaban el alto costo de un oficial de guardia que había sucumbido al sueño. Aparte de ello, habían incendiado las reservas de alimentos, tres camionetas y un puesto de primeros auxilios.

En medio del olor a pólvora recién calcinada, las primeras órdenes del coronel fueron salir a buscar la renovación de las provisiones. Martín y sus compañeros se alistaron rápidamente para la misión y salieron rumbo a la puerta del cuartel para dirigirse al siguiente fuerte en busca de ayuda.

—¿Estamos listos? —preguntó Martín a Josué mientras observaba por el cañón del rifle alguna obstrucción.

—Parece que no —dijo preocupadamente Josué mientras señalaba con una mueca a Harry quien sangraba tenuemente por la nariz apoyado en el muro—. Aparte que tengo una ligera molestia en las articulaciones de mi brazo. Quizás sea el frío.

—Descuiden, estoy bien —dijo jadeante Harry, al tiempo que se presionaba el tabique—, el aire helado de las mañanas hace que me sangre la nariz.

Martín se perdió por unos segundos mirando el charco de sangre mientras Josué se ajustaba el cinturón. Le pareció haber visto sangre en ese lugar antes.

—Señores —la repentina voz lo sacó de su ensimismamiento—, soy el teniente Lex y estoy a cargo de ustedes en esta corta, pero vital misión. Debemos de trasladarnos cuatro kilómetros al sur en busca de recursos. El cuartel Ugarte se encuentra allí y nos proveerá del alimento destruido por el ataque sorpresa de hoy. Les pido valor y coraje porque el camino al cuartel estará vigilado por el enemigo. Cojan sus armas y vamos. Y que alguien ayude a ese chiquillo con su nariz sangrante.

Al mediodía, el teniente Lex, Josué, Martín y Harry estaban camino al cuartel Ugarte con la esperanza de no encontrar novedades en el camino. Al cabo de tres horas de caminata habían llegado a un extenso arenal, el teniente Lex levantó la mano y luego señaló al suelo.

—Huellas —dijo en tono grave mientras se acomodaba las gafas para observar mejor la evidencia.

—Pero no hay ningún problema —dijo Martín—, en este sendero transita mucha gente y es normal encontrarlas, ¿no?

—No, Martín —dijo Josué, acomodándose al costado del teniente Lex para observarlas mejor—. Esas huellas son de soldados, pero no cualquier soldado, son soldados de nuestro regimiento. Me doy cuenta por la marca de las suelas.

En efecto, las huellas tenían el logo de su destacamento, el mismo que había sido bombardeado unas horas antes.

—Pero nadie salió de la base antes del bombardeo, ¿o sí? —dijo sumamente intrigado Harry con las manos en la cintura mientras observaba las huellas.

—Quizás sean huellas de otros regimientos. En la escuela militar nos dijeron que hay algunas bases que poseen indumentaria idéntica por razones económicas —dijo Josué—. Lo curioso es que son solo cuatro pares de huellas. Quizás hayan sido sobrevivientes.

—¡Aviones! —gritó Harry señalándolos con el dedo mientras el terror reinaba entre ellos.

Los aviones enemigos se lanzaron sobre los soldados con una ráfaga de metralla infernal. Martín corrió a refugiarse tras una roca mientras veía como el teniente Lex era abatido por una bala en el pecho. Cargó el rifle para disparar a algún avión, pero era inútil, eran demasiado veloces. El segundo avión lanzó una carga explosiva que sacudió el suelo haciendo que el polvo se levante formando una traicionera cortina color crema. En su escasa visión, Martín vio como Josué corría a refugiarse en otra roca sosteniéndose el codo. Estaba herido. Al mirarlo, Josué le hizo una seña a Martín para buscar a Harry, quien producto de la explosión se había ido a dar de cara contra una piedra. La polvareda era cada vez más incesante y pronto perdió de vista a sus compañeros. Al cabo de unos segundos, él también perdió el conocimiento.

Josué

Se miraba atentamente al espejo mientras se iba rasurando. El filo helado de la navaja hacía un placentero contacto contra la dura barba, manteniéndola a raya en su ambicioso plan por poblar su rostro. Cuando quiso

afeitarse el lado derecho del rostro, soltó repentinamente el objeto. Un punzante dolor lo cogió del codo y fue por hielo a la nevera. En ese trayecto lo sorprendió el aviso.

—¡Bomba! Al suelo.

Una violenta explosión sacudió la base y las alarmas se prendieron. Terminó de afeitarse apresuradamente y salió al patio. Seis de sus compañeros habían fallecido producto de la negligencia del guardia. Aun sin poder creer que, hace tan solo unas horas, él había jugado damas con esos seis cadáveres, Josué observó el daño material. No era desastroso, pero si les llevaría una semana reconstruirlo todo.

Mientras barría el patio con la mirada, el fuerte olor a pólvora lo hizo ir a buscar un paño de alcohol. Fue allí cuando cruzó miradas con Martín quien se notaba que había estado dormido hace tan solo unos minutos antes.

Al volver, vio que había sangre al pie de uno de los muros. Antes de meditar más en ello, vio a su compañero Harry tambaleándose, levemente, mientras se apoyaba en el muro y un delgado hilo escarlata se desprendía de una de sus fosas nasales.

—¿Estamos listos? —dijo Martín mientras auscultaba su arma.

Josué recordó las órdenes del coronel acerca de aprovisionarse.

—Parece que no —dijo Josué mientras señalaba a Harry quien aún seguía apoyado en el muro—, aparte que tengo una ligera molestia en las articulaciones de mi brazo. Quizás sea el frío. Maldito codo.

El teniente Lex se presentó y explicó la importancia de la misión. Josué podía ver una ligera molestia en los gestos del teniente, como si alguna extraña dolencia le perturbara por dentro, pero su voluntad seguía siendo pétrea y decidida.

Al mediodía, el teniente y sus tres soldados fueron rumbo al cuartel Ugarte. El día parecía transcurrir sin novedades, el polvo y el calor eran sus únicos compañeros y lo único que deseaban era un retorno seguro con las provisiones necesarias para devolver todo a su rutina. El teniente se detuvo de golpe y, por medio de un gesto, ordenó que se detuvieran todos.

—Huellas —dijo en tono grave mientras se acomodaba las gafas para observar mejor la evidencia.

Martín mencionó la simplicidad de aquel hecho aludiendo a que el sendero era muy usado por los lugareños, pero Josué percibió algo más. Las huellas no pertenecían a cualquier persona, pertenecían a soldados de su propio destacamento, algo incongruente ya que tras el bombardeo matutino nadie había salido de la base. Esto era muy fácil de comprobar por la marca que dejaban las huellas, todas tenían el escudo de su regimiento.

—Pero nadie salió de la base antes del bombardeo, ¿o sí? —preguntó timoratamente Harry.

Josué explicó que algunos destacamentos usaban calzado similar por asuntos de economía y que era probable que los soldados de la base Ugarte sean quienes usaron las mismas botas. Había ocho pares de huellas.

—¡Aviones! —gritó Harry mientras los señalaba con su tembloroso dedo.

La ráfaga de metralla sacudió aquel arenal como el polvo a una frazada recién golpeada. Las esquirilas volaban a furiosa velocidad producto de su brusca separación a causa del impacto de las balas. Una de las balas impactó contra el pecho del teniente Lex matándolo casi instantáneamente. El siguiente avión lanzó una bomba, empujando a los tres soldados contra sendos muros de piedra

Cuando estalló la siguiente bomba, esta hizo que una de las rocas estallase en pedazos. Un trozo del tamaño de una manzana salió disparado con fuerza golpeando el codo de Josué. El dolor era insoportable, sin duda había fracturado el hueso, pero el temor a la muerte era peor. Vio a Harry estrellado de cara contra otra gran roca e hizo señas a Martín para ir a rescatarlo. Cuando estaban a punto de ponerse de pie para ir a traerlo, la polvareda cegó todo a su paso y terminó por hacerles perder el conocimiento.

Harry

Harry miraba preocupadamente su almohada. Un pequeño charco rojo se iba secando ante sus ojos dejando tras sí las huellas escarlatas de su presencia. No era la primera vez que le sangraba la nariz, ya hacía varios días que sentía lo mismo, pero nunca recordaba por qué. Cuando fue por el papel higiénico para detener su inesperada hemorragia, la alarma sonó acompañada de un grito:

—¡Bomba! Al suelo.

La explosión hizo que las cosas del baño salgan de su lugar y vayan a parar al suelo. Harry se refugió debajo del lavadero hasta que el polvo tras la explosión de la bomba se disipara. Cuando esto sucedió, salió a mirar por su ventana.

Nueve de sus compañeros habían fallecido y sus cuerpos estaban regados por el suelo. Aparte de ello, las reservas y algunos vehículos ardían en llamas producto del inesperado ataque. Harry salió de su camarote y se encaminó al patio para evaluar los daños. Escuchó algunas órdenes que se daban rápidamente a otros grupos, pero cuando intentó ubicar a Martín, sintió que su cabeza le daba vueltas.

Confundido por el repentino mareo, Harry se apoyó en el muro y, casi instintivamente, miró al suelo. Un charco de sangre yacía allí, no supo la razón de su existencia pues los cuerpos estaban casi veinte metros más a la derecha, pero el mareo le vino nuevamente y sintió que una vena de su nariz colapsaba. Se inclinó a los pies del muro y dejó que la sangre fluyese de su fosa nasal derecha.

Un delgado hilo rojo salía de su rostro e iba a parar al charco que encontró. Mientras su nariz terminaba de sangrar, vio a Martín y Josué conversar al mismo tiempo que se acomodaban el equipo de reconocimiento. Por la manera en que lo miraban, sintió que debía de dar alguna explicación.

—Descuiden, estoy bien —dijo jadeante Harry al tiempo que se presionaba el tabique—. El aire helado de las mañanas hace que me sangre la nariz.

Tras oír las indicaciones del teniente Lex, los cuatro soldados emprendieron el camino al cuartel Ugarte. El calor reflejado en las pálidas arenas de aquel desierto que los separaba hacía que su cabeza esté a punto de estallar. De cuando en cuando, Harry sentía que una tímida gota de sangre escapaba

de su nariz para ir a refugiarse en su pecho, esto lo incomodaba puesto que no quería aparentar estar en apuros ante sus compañeros.

—Huellas —dijo el teniente mientras se acomodaba para observarlas bien.

Tanto Martín como Josué dieron explicaciones para la presencia de aquellas huellas tan particulares en ese lugar. La razón de su singularidad estaba en que aquellas huellas pertenecían a su regimiento. Harry contó doce pares de huellas. Era mucha gente como para no haber sido vista vestida con los uniformes de su destacamento.

Cuando ya estaba a punto de sangrar nuevamente por la nariz, escuchó un sonido aterradoramente familiar.

—¡Aviones! —gritó Harry señalándolos al mismo tiempo que observaba el fuego de metralla esparcirse sobre ellos.

Una de las primeras balas alcanzó el pecho del teniente y este cayó como un muñeco de trapo al suelo. No supo más de él. Cuando Harry intentó tomar su fusil, el segundo avión lanzó sendas bombas sobre el terreno. El polvo se levantó como un vil espíritu de su sarcófago de arena. Vio los cuerpos de Martín y Josué estrellarse contra las rocas. Josué sangraba del brazo. Al intentar incorporarse, la siguiente bomba lo sorprendió elevándolo de su lugar y haciéndolo estrellarse en una maciza roca a diez metros de donde había estado. Escucho el crujido de su nariz al hacer contacto violento con la piedra y sintió un líquido caliente en el pecho. Mientras intentaba controlar su hemorragia, Martín y Josué hablaban de algo, nunca supo porque el polvo se hacía cada vez más espeso, nublando todo: el desierto, el cielo, sus compañeros, su miedo, incluso, su mente.

Teniente Lex

—Nuevo récord —musitó el teniente al observar su reloj, había logrado hacer diez kilómetros en cuarenta minutos.

El camino se extendía ante él. Un inmenso camino empedrado en medio de aquel gran desierto olvidado. Los años de guerra lo habían hecho apreciar aquel inhóspito lugar y cumplía con sus labores de teniente impecablemente. Aun con el estrés de su trabajo, siempre encontraba un momento para dedicárselo a uno de sus pasatiempos favoritos: correr.

Cuando volvió a mirar el reloj, un zumbido familiar le hizo dar escalofríos. Dos aviones enemigos iban con dirección a la base militar. Corrió a toda prisa rumbo a la base, pero los aviones ya se encontraban muy cerca. Al llegar, desprendieron de sus compuertas cuatro bombas que hicieron un gran estruendo dentro del recinto.

A su regreso, el coronel vio con tristeza los cuerpos de doce soldados en el piso. Eran conocidos suyos.

Su radio crepitó:

—Teniente Lex, tenemos órdenes asignadas para usted —dijo la metálica voz.

Lex se dirigió a la sala de reuniones mientras veía de reojo a sus demás soldados. Martín se acababa de despertar, Josué tenía un brazo vendado y Harry se encontraba sangrando profusamente apoyado en el muro.

—Eso es mucha sangre —le dijo a Harry cuando pasó sin estar seguro si lo había escuchado.

En la sala de reuniones, el coronel le explicó la necesidad de buscar nuevas provisiones para reabastecer la base de alimentos. Lex aceptó gustosamente la misión pidiendo el servicio de los cuatro soldados que había visto en el camino.

En medio del humo y el olor a pólvora calcinada, Lex explicó la naturaleza de la misión y les urgó su presencia al mediodía. Llegada la hora, los cuatro partieron rumbo al cuartel Ugarte cruzando el inclemente desierto.

Cuando pasaron algunas horas, el teniente se dio cuenta de algo extraño: la tierra estaba movida. Aguzó bien la vista y divisó que aquellas irregularidades en la arena eran huellas, pero no cualquier tipo de huellas sino provenientes de las botas de su propio regimiento.

El desconcierto fue total y todos comenzaron a enarbolar hipótesis sobre la procedencia de aquellas huellas. El teniente conto dieciséis pares de huellas. ¿Cómo llegaron allí si, luego del bombardeo, nadie salió de la base? La explicación de Josué sonaba convincente, pero él sabía la verdad: se copiaba todo, menos las botas. En las botas estaba el sello de distinción de cada regimiento. Solo había una explicación para ello: otras personas de su regimiento, en lo que va del día, ya habían cruzado por allí.

Cuando intentó reflexionar más sobre las huellas, escucho el grito de Harry.

—¡Aviones!

Los aviones se abalanzaron sobre ellos como monstruosos murciélagos. Ninguno perdió el tiempo. Primero comenzaron una rápida sucesión de tiros con la ametralladora. El teniente, quien ya iba a sacar el rifle, se vio alcanzado por tres balas que se alojaron en su pecho y cayó al suelo. Aun no estaba muerto, pero el dolor en su pecho era casi inaguantable.

—Sálvense, sálvense —murmuró Lex, sintiendo su vida elevarse como el vapor.

Mientras la vida se le escapaba del cuerpo, vio como varias bombas eran liberadas por el segundo avión, lanzando los cuerpos de sus compañeros contra las rocas. Harry se encontraba agazapado contra un muro de piedra con la nariz hecha un muñón de sangre, Josué estaba visiblemente herido en uno de sus brazos, sin duda se lo amputarían, y Martín estaba milagrosamente ileso refugiado atrás de un montículo de piedras. Cuando se intentó levantar, la vida terminó por abandonarlo.

Curiosamente no sintió que se elevaba sino que... retrocedía.

Martín... por última vez...

Abrió los ojos casi de golpe, por fin lo recordaba.

—Bomba —murmuró mirando fijamente el techo a la espera de algo que ni él mismo acababa de comprender.

—¡Bomba! Al suelo.

Sintió el olor a quemado y los gritos de desesperación que tan bien recordaba ahora. Contó en su cabeza y murmuró una cifra:

—Quince...

Empuñó su arma y salió corriendo rumbo al patio. Los cuerpos de quince personas yacían en el suelo, muertos por la negligencia de algún guardia que no vio a los aviones acercarse.

Casi por instinto, volteó a ver a Harry; sangraba profusamente en un charco de sangre exageradamente grande para su leve hemorragia. Se acercó casi a saltos a su compañero. Lo poseyó un descomunal escalofrío.

—¡Harry, dime que tú botaste toda esta sangre! —casi suplicó Martín

—No, cuando vine esto ya estaba aquí —dijo Harry aun sosteniéndose la nariz.

Martín entró en pánico. Vio a su amigo Josué, tenía el brazo vendado.

—Josué, ¿desde cuándo ese brazo está ese estado? —preguntó violentamente Martín.

—No lo recuerdo —dijo Josué un tanto sorprendido por la agresividad de la pregunta—, pero supongo que es algo relacionado al frío.

Martín volvió a mirar a su alrededor. Casi todo era similar a su sueño... la única diferencia es que todo se había duplicado.

El sangrado de Harry, las bombas, los muertos, el dolor en el brazo de Josué... eso significaba que también se habían duplicado...

—¡Las huellas! —gritó Martín.

Corriendo como perseguido por el mismo demonio, Martín salió de la base rumbo a ese enorme desierto, ¿será infinito? Pensó.

Cuando llegó a la distancia que recordaba en el sueño, lo vio: veinte pares de huellas en la arena. Martín se tiró al suelo y lloró. Sabía que no vendría ningún enemigo, ellos se aparecerían allí tres horas después. Era algo mucho peor, estaba atrapado en el tiempo.

Lentamente se sacó una bota y selló la arena. Una réplica exacta de su huella se encontraba justo al costado. Ni un milímetro más grande, ni un milímetro más pequeño.

Epílogo

La eternidad había desfilado por aquel extraño lugar. El ambiente se había enrarecido y el orden de las cosas parecía tan alterado como las probabilidades lo permitiesen.

La permutación de las posiciones era infinita, como infinitos eran los objetos suspendidos en el aire, postrados en el suelo, regados en la arena y dispersos por el agua.

Había miles de bombas. Algunas saliendo de los aviones (que también eran miles e inmóviles), otras cayendo, otras reventando, otras culminando su explosión. La puesta una tras otra, con una distancia infinitesimal entre ellas, hacía parecer una especie de largos tubos negros que conectaban el cielo plagado de aviones inmóviles con el suelo regado en sangre, plomo y cuerpos por millares.

Las personas se encontraban finalmente inmóviles. La rapidez y frecuencia de sus movimientos habían logrado que pareciesen completamente

estáticas, pero entre una y otra había todo un universo desarrollándose, un universo de probabilidades, variables y resultados inesperados. Pero había un último detalle: el desierto.

Tan revuelto como las tormentas del Atlántico, la arena del desierto se encontraba completamente removida. ¿La razón? Millones de huellas tatuaban aquel camino por donde el tiempo gustaba pasear constantemente.

RELATOS INCREÍBLES
Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

IV

CONVOCATORIA
SE RECIBEN CUENTOS INÉDITOS DE CIENCIA FICCIÓN,
FANTASÍA Y TERROR.

DEBEN TENER ENTRE:
500 Y 7500 PALABRAS

ENVÍALO A:
RELATOS@ACUEDI.ORG

CONSULTA LAS BASES ▶ relatosincreibles.com
patreon.com/relatosinc

FECHA LÍMITE: **15 de AGOSTO**

Instagram, Twitter, Facebook, YouTube icons



El día de Claudio

Por: *Falco Rivera*

—Señor, eso que se ha fumado es pura mierda.

Al principio Claudio no escuchó bien la frase. Después, gracias a un eco retardado dentro de los tímpanos, sí. Y a continuación, recién, dada la exigua lucidez que en ese momento rebotaba en su cerebro, la comprendió.

El niño, que tendría doce años, montado sobre una bicicleta de última generación, pero bastante sucia y descuidada, lo miraba con auténtica reprobación. Esto le causó gracia y se levantó los lentes oscuros para enseñarle al mocoso el acusado enrojecimiento de sus ojos mientras le sonreía.

—No es tu problema, ¿mkay?

Dio un paso y el niño movió la llanta de la bicicleta cortándole el camino. Primero, pensamiento en blanco, luego un afloramiento de razón, después más o menos se dijo que la cosa estaba perdiendo la gracia anterior.

—¿Qué te pasa... chibolo?

—Es que esa hierba que se ha fumado es una basura, señor.

¡Y cómo mierdas sabía que lo que había aspirado era una tremenda ponzoña!

—Y a ti eso qué te importa, ¿eh? Ve a jugar con tus amiguitos y no jodas, ¿ya? ¡Váyase, fuchi, fuchi!

—¿Es que no entiende lo que le estoy diciendo?

Entender...

«¿Entender qué? Por supuesto que en ese estado y por la sazón que sus neuronas tenían le era muy difícil entender algunas cosas. Pero eso no le interesaba puesto que, a pesar de la mediocre marihuana que le había vendido El Oso, se la estaba pasando muy bien en ese día tan brillante, caminando descalzo por las calles de su elegante barrio residencial, en una de esas tardes de verano que cada día disfrutaba más y más, por el hecho de estar felizmente desempleado, sin preocupaciones económicas de por

medio (papi tenía muuuucho dinero): no tenía algo que hacer en todo el día salvo rascarse la panza todas las mañanas, leer en cualquier momento, jugar en su consola hasta el hartazgo y disfrutar con Mary Jane a cualquier hora, oh, Mary Jane, tan buena... No, no era muy buena, de hecho no era nada buena... de hecho era tan mala que el efecto duraba muy poco (apenas unas dos horas y media) y la bajada era bastante cargosa, tanto que en las últimas dos semanas el abdomen se le había hinchado sus buenos centímetros a pesar de mantener un régimen estricto de ejercicios diarios y es que, bueno, como cualquiera lo sabía, una mala hierba, una hierba de pueblo, era fácil de conseguir y barata, sí, pero sus efectos y consecuencias no eran como para fumársela todos los días, ¿no?, y es que últimamente a falta de un buen *dealer* y por la existencia de un grave vacío en la distribución de marihuana de buena calidad, lo que se había estado fumando en los últimos días era, en realidad, pura mierda... ¿no entiendes lo que te está diciendo?».

—Eh... ¿qué es eso de que no entiendo?

—Ya sabe, esa marihuana es una basura.

—Este... ¿cómo es que...? Uh... ¿y?

—Yo tengo algo con más clase.

«Bien, esta es la situación: tengo a un mocoso de mierda que se da cuenta que estoy fumado, que deduce que la marihuana que fumo es de mala, por no decir de pésima, calidad y que encima me dice que tiene algo con más clase... ¡¡¡ACASO ESTOY SOÑANDO!!!».

—Ya, claro, ahora anda a tu casa, ¿sí? Chau.

—Pero señor, le digo que...

—No, gracias... Eres... Eres...

«Oh, no, no por la puta madre...».

—...¡eres un policía, por la puta madre!

Después del estupor inicial, el niño rompió a reír a carcajada suelta, con una risa sincera, franca, tan infantil que Claudio, cayendo en la cuenta de su propia estupidez, se unió al infante con su desgarbada y horrisona risa gutural, el único detalle de su persona que discordaba con la imagen de chico triunfador (ahora un poco gordito) que proyectaba.

—Bueno, chau —el niño se pasó la mano por la cara para secarse las lágrimas producidas por el ataque de risa y dirigió su bicicleta hacia la pista.

Claudio dejó de reír, observó al niño alejarse por la solitaria calle, leeeeeeentamente, un perro ladró en algún lugar inconmensurable y su mente cayó en un vacío que empezaba a prolongarse hasta el infinito. Y se hubiera quedado allí, en medio de la acera, con el aspecto de un completo tarado de no ser por la imperceptible reverberación que, de a poquitos, empezó a resonar en alguna parte de su entorpecida conciencia advirtiéndole...

run

...diciéndole...

...*run*...

...¡gritándole!...

¡*Run*, Forrest...!

Así que Claudio corrió y corrió y corrió como un ganso epiléptico detrás del pequeño en bicicleta, los brazos balanceándose sin ton ni son, la cabeza dándole vueltas y vueltas y vueltas...

¡Run, Forrest, run!

...hasta que no pudo más y, deteniéndose en seco, con el corazón a punto de escapársele de la garganta, solamente atinó a gritar una cosa:

—*COME TO ME, MOTHER FUCKER!* ¡AHHHHHHHHHHHHH!

Esto hizo que el niño se detuviera, no porque creyese que lo estaban llamando a él sino por lo estridente y absurdo de ese grito estrambótico en plena calle que, obviamente, le causó una curiosidad inmediata. Cuando vio a Claudio detenido en medio de la pista, cual patético personaje de obra de teatro vanguardista, el tronco hacia adelante, las manos sobre las rodillas, el rostro levantado suplicante y sin aliento, con una mueca imposible de entender, se limitó a sonreír y pedaleó hacia él.

—¿No me estás mintiendo, no? —preguntó Claudio con voz cansada.

—No, señor. La hierba que vendemos es de primera, un planetario como nunca antes ha fumado, señor.

—Ya, ya, no me digas señor que no soy un tío, ¿ya?, solo tengo veinticinco, ¿okay?... ¡Ajá! Planetario, ¿no? ¿Y quién la vende, tu viejo, tu vieja, tu hermano...?

—No, no, ellos nos matarían. Mi hermana es la que vende la hierba.

Su hermana...

—Y tú... ¿fumas?

—Y, sí, a veces, una pitadita nomás.

«Sí, claro».

—Y... tu hermana...

«...que siendo hermana tuya...».

—...¿cuántos años tiene?

—Diecinueve, veinte, creo.

«...debe de estar muy buena, la chiquilla».

—¿Ella fuma?

—Sí, tiene que probar lo que vende, pues.

«Este sí que es mi día, sí señor, ¡EL DÍA DE CLAUDIO! Sí, señor».

—Este... ¿y cómo es?

—Mi hermana... pues...

—No, no, te pregunto cómo es la nuez.

—¡Ah, ya! ¿Tienes teléfono celular?

—Uh... sí.

—Tengo que llamar Claudia, así se llama mi hermana.

«Oh, Jesús-José-y-María, ¡¡¡y se llama Claudia!!!».

—Ya, aguanta chochera —sacó el diminuto teléfono del bolsillo trasero de la bermuda—, toma, pero no hables mucho.

—No me demoro nada.

El niño marcó un número y esperó. Claudio, ahora respirando con calma, no podía creer en la suerte que ese día le había caído encima. Se acordó que esa noche estuvo soñando con aviones, algo que había aprendido a

interpretar como señal de que ese día, inevitablemente, iban a pasarle buenas cosas. ¡Y vaya que iban a ser muy buenas las cosas, carajo! Dios le había puesto en el camino a un niño que le ofrecía una marihuana de primera clase, marihuana que además era vendida por una hermana cuyo atractivo, tomando como referencia al muchacho, no debía ser nada despreciable y que, además, se fumaba la hierba a manera de control de calidad. ¿Control de calidad? ¡Ja! Ese era el tipo de mujer que durante tanto, tanto tiempo había estado buscando, un ideal que casi constituía un eslogan: Quiero casarme con una hembra que fume *skunk*. ¡Y encima se llama Claudia, no me jodas!

—Aló, ¿Claudia? Sí. Claudia, tengo un pata que quiere un cd, uno doble de Queen... Sí, ¿podemos ir...? Ya, ahí vamos, chau —el chico le devolvió el teléfono a Claudio—. Listo, sígueme, vamos a mi casa, está a seis cuadras. Oye... ¿no te molesta caminar así, sin tabas?

—¿Sin tabas? Nada, a veces quema un poco la pista, la vereda, pero nada, es chévere, sí. Oye, chibolo, ¿y tú cómo te llamas?

—Diego, ¿y tú?

—Claudio.

—¡Ja! Casi como mi hermana.

—Sí... Puta, ¿qué loco, no? *Cool*.

«Diosito lindo, por favor, que su hermana sea riquísima».

Hicieron el camino en silencio, el chico por delante montado en su bicicleta pedaleando con lentitud, Claudio siguiéndolo de cerca y regocijándose en la buena estrella que ese día le había iluminado el camino divino para llegar a la estoneada total y todopoderosa. ¿Y cuánto le iba a costar esa gracia? ¿Veinte dólares, cincuenta, más? No importaba, estaba muy bien forrado de billetes verdes y, si era en verdad una buena hierba, cualquier precio valía la pena. Se dijo que esto lo tenía que dar por descontado ya que dado el lugar en el que vivían él y el pequeño *dealer*, un barrio en el cual todas las familias que lo habitaban como mínimo ocupaban la posición de muy acomodados, nadie se iba a estar con cojudas estafas ni gatos por liebre. No, lo bueno de la gente rica es que consume de lo mejor y, si venden lo que consumen, pues que venden exactamente lo que consumen. Sí señor, este realmente era «El Día de Claudio».

Llegaron a la casa del muchacho, «...la casa de Claudita, uyuyuy...», una residencia tan elegante como la suya y con el toque de personalidad necesario para distinguirse por sí misma. Claudio admiró el fino trabajo hecho en el portón que daba a la calle, un tallado en madera exquisito. El niño tocó el timbre, una voz femenina y vieja (definitivamente no era la voz de Claudita) preguntó quién era, el chico se limitó a decir «Soy yo» y la puerta se abrió.

—Vamos, Claudia debe estar en su cuarto.

«Uyayay, en su cuarto...».

Al entrar a la propiedad, Claudio vio frente a la casa, sobre un jardín inmaculado, un lujoso deportivo convertible que se asoleaba al lado de una soberbia todoterreno roja, el mismo modelo por el cual él planeaba cambiar su camioneta en julio. Buen carro, sí señor, «¿será el carro de Claudita?».

—¿Ves esa puerta? —el chico dejó la bicicleta en el pasto y rebuscó en sus bolsillos.

—La que está al lado del garaje.

—Sí, toma esta llave y espéranos, y no salgas de allí, por favor.

—Ya.

El niño se alejó corriendo y se perdió detrás de unas enormes tinajas de barro. Claudio caminó hasta la puerta, la quiso abrir y no pudo.

—Mierda.

En el estado de aturdimiento mental en el que estaba había olvidado la llave que le diese el niño.

—¡Qué huevón!

Insertó la llave en la cerradura y entonces sí pudo girar la manija. Entró y cerró la puerta.

Estaba en una especie de sala de juegos con unos grandes ventanales que ofrecían una vista del jardín. En el extremo sur del recinto descansaba un fútbol de mesa. A su derecha, una tabla de dardos estaba adosada en una columna de madera. Una vieja rocola y unos sillones se acomodaban contra las paredes. Lo curioso era que todos los muebles y el piso del ambiente estaban cubiertos por plástico transparente. Sin lugar a dudas el sitio o no era muy usado o había dejado de ser usado desde hacía tiempo. Pero eso de ponerle plásticos al piso... Bueno, la gente rica tiene sus rarezas, él mismo tenía las suyas.

La puerta por la que había entrado se abrió y, ¡oh, maravilla de maravillas!, la silueta de una mujer se dibujó en el umbral.

«Cool».

Era ella. Tenía que ser ella. Además, llevaba en la mano un paquete bastante delator. La silueta femenina cerró la puerta.

—Hola, soy Claudia.

Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla, muy cerca del labio, envolviéndolo con el aroma uno de esos perfumes que usan las hembritas de a de veras, embriagador, cautivante, seductor, excitante...

—Cool.

No se había equivocado, Claudia era una belleza que transpiraba sensualidad por cada uno de sus deliciosos poros. Le dieron ganas de poseerla sexualmente, de violarla (y no se iba a dejar, la putilla esa) sobre el piso cubierto de plástico, de besar cada centímetro de su piel, de llevarla a su casa, de llevarla al altar, de tener hijos con ella...

«¡Ya, demasiada huevada, ¿no?, ya está bien, estúpido!».

Luego de esta apresurada reflexión se dio cuenta de lo duro que tenía el pene y dio gracias a los ángeles que lo protegían por tener una camiseta lo suficientemente larga. Y, sin embargo, todo eso le parecía muy cool.

—Me dijo mi hermano que te llamas Claudio.

—Oh... Sí, Claudio, ese es mi nombre, ajá.

—Y yo me llamo Claudia, ¿qué raro, no?

—Cool.

—Ven —le cogió la mano, con mucha delicadeza, y lo llevó hacia la mesa de fulbito—, aquí está el planetario. Oye, ¿te gusta caminar sin zapatos? ¡A mí también!

—Sí, es fresco, es chévere.

«Sí, sí, empezamos bien con Claudita, muy bien».

La chica depositó el paquete sobre el plástico que cubría a los jugadores de madera. Lo abrió con sumo cuidado y dejó expuesto el contenido. Después, pasando por detrás de Claudio y rozándole la espalda con unos senos que a este se le antojaron muy erectos (lo cual contribuyó a fortalecer su propia erección), se puso frente a él, al otro lado de la mesa y le regaló una encantadora y sexual sonrisa que únicamente podía decir...

—Tómame...

—¿Qué dices?

—Hazme tuya...

—Eh... oh, yo... uhu...

—¿Estás bien?

Claudio, forzando un despeje mental inmediato, dejó de fantasear con la muchacha que tenía al frente y se concentró en la evaluación de la mercancía. El color era muy bueno, un verde vivo moteado por el sugerente púrpura exactamente donde debía estar. El olor, ¡hum!, lo suficiente delator como para declarar a los cuatro vientos el *pedigree* invaluable de la cosecha. Y, ¡alabado sea el Señor!, inconfundibles colonias de hongos blancos apenas visibles cuyos efectos había experimentado con exquisito placer estonístico en varias pero contadas ocasiones. Hummm, planetaario. Pero, claro, no todo podía quedar en apariencias y la catación de rigor era lo único que podía asegurar un veredicto inapelable.

—Bien, bien, se ve muy bien, uh, quisiera probar un poquito.

—Sí, está bien.

La chica se llevó la mano al bolsillo trasero del jean y sacó una de esas pipas que venden los artesanos en las calles. Esta tenía en el cazo la cara de un demonio sacando una lengua bífida roja y amarilla. Bueno, gusto no tenía la niña, «pero un culo riquísimo, eso sí». Claudio tomó la pipa y la llenó con un poco de esa maravillosa y tan buscada variedad de marihuana. ¿De dónde sería? Una vez que el cazo tuvo la cantidad necesaria sacó su encendedor.

—Bueno, a ver, pues.

—¿Sabes que todo tiene un precio? —Claudia cruzó los brazos y entornó los ojos

«¿...?».

—¿Perdón?

—Todo tiene un precio, ¿sabes?

—¿Precio? Sí, claro, *cool*, si esta cosa vale la pena pagaré lo que sea, Claudita.

A sus espaldas escuchó que la puerta se abría. Giró la cabeza y vio a Diego llevando en sus manos un azafate con varios vasos llenos de un líquido naranja. Sin decir palabra, el niño puso el azafate sobre uno de los sillones y después se colocó al lado de su hermana, con los brazos cruzados y observando con severidad a Claudio.

—¿Sabes que todo tiene un precio? —le preguntó Diego.

—Sí, sí, ya le dije a tu hermana que iba a pagar, ¿mkay?

—Todo tiene un precio, ¿sabes?

¿No había dicho la chica exactamente lo mismo?

—Oigan... ¿qué les pasa, eh? Yo les voy a pagar, miren —dejó la pipa encima del paquete con planetario, sacó su billetera y, abriéndola frente a los ojos de los hermanos, les enseñó el grueso contenido—, ¿cool?

—Tú no entiendes —le dijo Claudia—, ni tú ni los otros que hemos traído aquí, ninguno de ellos lo entendió, lo único que les interesa es fumar esta basura y malograrse el cerebro.

—¿De qué...? Claudita, esta no es ninguna basura, es marihuana de Pri-me-ra-Cla-se. Basura es lo que tengo en mi casa, ¡eso sí es basura!

—Tú no entiendes —le dijo entonces el chico—, nunca entienden, si solamente uno entendiera todo esto acabaría de una vez por todas.

Su turbada cabeza su turbó aún más, incapaz de entender el por qué de esas palabras. Pero su aturcido estado se convirtió en auténtico desconcierto cuando los dos hermanos, al mismo tiempo y como si de un ballet sincronizado se tratara, se persignaron, juntaron las manos y, eso le pareció, empezaron a recitar una plegaria silenciosa. Observándolos no supo qué pensar, aunque mucho tampoco podía, pero algo de gracia le causó la situación y, por primera vez, se preguntó en qué se había metido. ¿Acaso estaba con los chaladitos religiosos del barrio? La gente rica tiene costumbres raras, ¿no? Como ponerle plásticos al piso, ¿no?, para que no se ensucie el piso cuando lo pisan, ¿no?, pero, ¿quién está pisando el plástico del piso ahora, quién o quiénes ya que detrás de él se escucha un murmullo de pies pisando el plástico que está sobre el piso?

Cuando Claudio los vio sonrió con extrañeza y pronunció el último *cool* de su vida, pero fue un *cool* pronunciado en tono de pregunta, una pregunta que después que el primer golpe le destrozara la mandíbula quedó suspendida en el aire mientras se desataba una brutal paliza, propinada por diez chiquillos vestidos con overoles de plástico transparente que cubrían todo el cuerpecito a excepción de las cabecitas, diez chiquillos empuñando varas de hierro de cincuenta centímetros de largo afiladas en la punta, todos ellos amigos de Claudia y Diego, todos ellos más o menos de la misma edad, todos ellos disfrutando de cada uno de los inmisericordes golpes que, poco a poco, empezaron a romper huesos y a rasgar tejidos que, poco a poco, empezaron a abrir heridas profundas de las cuales la sangre de Claudio brotaba sin cesar, a veces como un reguero, a veces como un chorro incontrolable, saltando por el aire, empapando a los infantes, manchando sus overolcitos, sus manitas, sus caritas, sus ojitos, sus boquitas, sus dientecitos y hasta sus gargantitas, ensuciando con rojos charcos el plástico sobre el piso, el plástico sobre la mesa de fulbito, y mancillando el precioso rostro de Claudia con algunas gotitas, muy finitas, que se agregaron a la lista de gotitas de sangre ajena que habían mancillado su rostro en otras ocasiones como esta, en la cual el drogadicto de turno, el pastrulo maldito, el descarriado del barrio, el mal ejemplo para la sociedad, era sacrificado como Dios así lo mandaba pues todos los Claudios merecían el mismo castigo estremecedor por el cual este Claudio en particular estaba pasando, sufriendo, lavando sus culpas en un dolor indescriptible y en medio de un horror sin nombre, al saberse a punto de morir a manos de unos niños despiadados mientras sentía claramente como las puntas de los hierros,

oxidados además, penetraban en sus músculos, en su estómago, revolviendo sus entrañas para salir de nuevo y otra vez entrar buscando un punto de dolor infinito, como el cráneo, lugar en el cual la sensación de dolor fue tal que el berrido que soltó congeló a los jóvenes verdugos solo para acrecentar su ira y concluir con un sadismo digno del Infierno, la tortura del fumón que había caminado descalzo por las elegantes calles de su elegante barrio en esa tarde preciosa y cuyo sufrimiento concluyó dos minutos y treinta y siete segundos después de iniciada la masacre, cuando la misericordiosa inconsciencia anuló la totalidad de sus sentidos veintiséis segundos antes de que la muerte coronase el último día de vida de Claudio.

—Amén —dijeron los hermanos al unísono, separando las manos y persignándose después.

En el suelo, sobre el charco sanguinolento encima del plástico, se adivinaba el cuerpo pulposo de un ser humano, una papilla con extremidades, tronco y cabeza, rodeado de otros cuerpos erguidos y ensangrentados que respiraban con agitación.

—Nunca entienden —dijo uno de los amiguitos de Diego.

—Es cierto, nunca entienden —secundó otro mientras miraba su vara enrojecida.

—Y creo que nunca van a entender —un tercero escupió sobre el cadáver de Claudio y se separó del grupo para ir a servirse uno de los vasos con refresco naranja que estaban en el azafate sobre el sillón.

—Ojalá entendieran, así no tendríamos que hacer esto —Claudia, contemplando lo que quedaba del cuerpo de un muchacho de veinticinco años, tenía entre sus manos el paquete con la marihuana, lo metió en una bolsa plástica y se lo dio a su hermano.

—Digo... no podríamos solo dispararles una bala y ¡zás!, listo, es más limpio que toda esta cochinado —Diego se guardó el paquete con la marihuana en uno de sus bolsillos.

—¿Acaso tú limpias? —le preguntó Claudia.

—No, pero...

—Pero nada, así debe ser, así ha sido siempre. Y ahora quítense los plásticos y báñense antes de entrar en la piscina.

—¡Yeee! —gritó la chiquillería y empezaron a despojarse de los overoles.

—Y no se olviden de dejarme las varas en el baúl, ¿eh? ¡Carlitos!

Uno de los niños se volvió a medio desvestirse y casi se cae sobre el cadáver de Claudio.

—¡Puajj! Por poquito... ¿Qué cosa?

—¿Quién sigue? —Claudia se estaba poniendo un overol como el de los niños, pero más grande.

—Este... —Carlitos se sacó una libreta del pantalón—. Es una chica que vive en La Ladera 176, esa casa estilo mediterráneo, se llama Patricia.

Patricia, sí, la conocía, una puta, una perra, una fumona, una pastrula.

—Encárgate de ella, que sea dentro... de un mes.

—Sí, Claudia, lo que tú digas —Carlitos terminó de sacarse el overol y salió detrás de sus amiguitos.

Patricia, claro, ya se cobraría algunas con ella, con esa perra de mierda que se acostaba con cualquiera que le ofreciera esa mierda que se metía en las narices, Patty, mejor dicho Putty, sí Putty, ya se viene, en un mes se viene, que se viene «El Día De Patty».

**NECESITAS
UNA PORTADA*
BRUTAL
PARA TU LIBRO?**

**★ 100% DIGITAL
TABLETA WACOM**

**FANTASÍA
MINIMALISTA
CIENCIA FICCIÓN
CONCEPT ART
CARTOON**

GERARDO ESPINOZA
OBLIVION
EPOPEYA SEPTILIANA

f GERARDO ESPINOZA.SPX

*** PRECIOS ESPECIALES PARA ESCRITORES
Y EDITORIALES INDEPENDIENTES**

> CONSULTAS: 94165 9436

Logo: **WACOM**



La luz al final del túnel

Por: *Carlos Saldívar*

He recobrado la función de mis sentidos de un modo doloroso. Me siento torvo, inquieto y estoy solo en apariencia. Me hallo cubierto por unas mantas, aunque es extraño, al quitármelas no he sentido frío. No reconozco el lugar en donde me encuentro, ¿qué hago aquí? No lo sé. Intento recordar mi nombre, las cosas que hice días, horas atrás, pero todo esfuerzo resulta infructuoso.

Estoy estirado en un sillón de un material acolchado y nada cómodo; hay más asientos como este, todos del mismo color rojo oscuro, extendidos como una enorme mancha de sangre. Desde esta posición no consigo apreciar en su totalidad el espacio que me rodea. Este sitio está relativamente oscuro. La única lucecilla del techo es tenue. Logro percibir que se trata de un cuarto.

Hay algo más. Siento que todo se mueve. Es más que un cuarto. Debo haber despertado tras un prolongado sueño; todo se debilita en mi mente y no quiero que lo hagan también mis fuerzas. No sé que hacer. ¿Debería ponerme de pie e intentar descubrir en qué lugar estoy?

Tengo miedo. Algo en mi interior me indica que debo mantenerme aquí, en el rincón más oscuro de esta habitación en movimiento. Debo permanecer escondido, como un ratón, acurrucado, enjuto o como una rata, mejor dicho. No sé por qué esta última comparación me perturba. Cojo las mantas que dejé caer al suelo, pues me siento desnudo, aunque no sienta frío. La ropa que llevo puesta es la más ligera del mundo: unos pantalones deportivos color azul oscuro y un polo de manga larga color negro de una tela muy suave, que no reconozco. Sigo escondido, sé que lo mejor es permanecer en esta posición.

¿Dónde me encuentro? ¡Mierda! No siento frío, tampoco calor. La única lucecilla del techo se prende y apaga a ratos. Estoy solo aquí, parece. Siento movimiento. Miro a mi costado y veo una cortinilla. Intento abrirla, es pesada. Es de un metal blanco muy extraño. Hago un

gran esfuerzo, luego me detengo. No sé por qué siento miedo de que alguien me descubra, no estoy haciendo nada malo. En cambio, creo que alguien me ha hecho algo malo a mí. Me han jugado una broma estúpida. Yo no debería estar aquí, sé que no, pero... no recuerdo quién soy. ¿Acaso accedí a venir aquí por voluntad propia? Si es así, no debería quejarme, aunque dudo mucho que haya aceptado por mí mismo ponerme en esta situación. ¡Por favor! Este aposento es tétrico, cavernoso, claustrofóbico, hasta podría decir que demoníaco. Hago un último esfuerzo por correr hacia arriba la cortina y lo logro. Veo el paisaje a lo lejos, es denso, casi sin plantas, la poca vegetación que hay es desmadrada, alicaída, putrefacta. Estoy avanzando a gran velocidad por un camino descuidado y nocivo, siento los baches, miro hacia el cielo: oscuridad total. Ni siquiera está presente la luz de la luna. Es de noche definitivamente. Sé que estoy en alguna especie de transporte. Mi masa encefálica se desentumece, algunos recuerdos vienen de inmediato a mi mente. En mi país de origen había algunos de estos trastos. Logro relacionar el movimiento y las sensaciones del viaje: me hallo en un tren.

¿A dónde me dirigiré? No, eso no importa, siempre queda la opción de regresar si es que llego a algún lugar maloliente, pero, ¿mi casa, mi familia? Algunos recuerdos surgen de improviso: mi padre y mi madre, sus siluetas se ven borrosas, percibo llanto, de ella, y golpes de él, laceran mi carne, su voz terrible me lanza improperios, escucho el ruido de un disparo y veo el cuerpo de mi agresor deshecho como un muñeco de trapo en el suelo. Contemplo a mi madre que toma el arma y me apunta con ella un largo rato, luego dice mi nombre: «James», y dirige el cañón del arma hacia su boca.

Abro los ojos, despierto sobresaltado. Solo era un miserable sueño, una pesadilla burlesca e irritable, aunque ¿no podría ser un recuerdo? Tal vez mi memoria comienza a recobrase. No, no funciona. Lo intento, pero no logro recordar más acerca de mis padres. Logro ver mi rostro pálido en el reflejo de la ventana a mi costado derecho, la única de este vagón cuya cortina ha sido franqueada. Mi pequeño y delgado rostro deja entrever unos ojos grandes y enigmáticos, una nariz pequeña y una boca de colibrí, mis cabellos oscuros y desordenados parecen alterarse ante la visión de mí mismo. Necesito descansar, estoy muy agitado, sin embargo, presiento que toda esta situación guarda un especial significado. Debo ponerme de pie, necesito caminar por el pasillo y comprobar si estoy solo en este tren. Quizá si abro la puerta de comunicación entre vagones y paso al siguiente logre hallar gente. Al final, permanezco aquí sin hacer nada. Pienso, medito, trazo planes, me entumezco. Tal vez si dejo de forzar mi mente logre conciliar nuevamente el sueño. ¿Por qué mierda pienso en dormir? ¿Por qué me siento así, como adormecido? Esto no es normal. Creo que me han drogado. Estoy sometido a un viaje sin sentido hacia algún lugar inhóspito y ¿surge la idea de dormir? Soy un cobarde, un idiota, un inútil.

Cobarde.

Idiota.

Inútil.

Tres palabras que taladran mi cabeza y que parecen despertar recuerdos en mí. Una voz que no es la mía me las dice y, otra voz, esta vez la

propia, las repite a cada instante. Debería quedarme quieto e intentar racionalizar la situación, mas no puedo lograr mi objetivo. Quizá se deba a que todo esto resulta tan irracional. Hago a un lado las frazadas, intento ponerme de pie, pero mis piernas están atadas al asiento. ¿Cómo no me había apercebido de esto? Es terrible, me tienen secuestrado. No puedo moverme como quisiera, solo puedo manejar mi cuerpo de la cintura para arriba. ¿Por qué todo esto? Tengo que librarme de estas correas, son dos, una ata mis muslos y la otra mis rodillas. Si me zafo de ellas podré escapar de este maldito vagón de tren. Tengo que salir de aquí, sé que tengo que salir, algo en mi espíritu me lo dice. Debo saltar de este tren. Me hallo en un viaje maldito, estoy seguro, nada bueno podrá surgir de esta diabólica prueba. Es como un capítulo de «La dimensión desconocida», esa serie me encantaba.

Al menos sé mi nombre, me llamo James, mi madre lo dijo en el sueño. No recuerdo mi apellido, pero surgen otras cosas: bordeo los treinta años y no tengo familia; la tuve, pero ya no. Hasta hace poco, yo trabajaba en algo, no recuerdo en qué, sé que era algo que no me gustaba. Creo que yo vivía con alguien, quizá amaba a alguien y ese alguien me traicionó, y me puso en esta situación. Por favor, James, intenta recordar, eres astuto, intenta descubrir el quid del asunto, tú puedes lograrlo. De pronto, la luz cambia, toma una tonalidad rojiza-fosforescente. Creo que puedo apreciar el final del pasadizo, es muy largo, son como treinta metros, ¿acaso un vagón puede ser tan grande? No lo creo, este no es un vagón cualquiera. Tengo que salir de aquí ya mismo. Puedo vislumbrar la puerta en el extremo de adelante, la que comunica con el siguiente vagón, debo forzarla, sé que podré hacerlo. Un momento, estoy viendo algo que me altera, que me paraliza la sangre.

No estoy solo.

En el primer asiento a la mano izquierda veo a una persona. Está encapuchada con una especie de polo de mangas largas, oscuro, plomizo, del mismo modelo estético que el mío y se mantiene inmóvil en su asiento.

—¡Oiga! —le grito—. ¡Oiga! ¿Me escucha? ¿Sabe que hacemos aquí? ¿Sabe hacia dónde nos dirigimos?

No, el lugar de destino no es importante, ¿acaso es importante conocer las razones de mi presencia aquí? Claro, es necesario, debo dejar de lado ideas tan absurdas como pensar que es vital escapar de este vehículo. Podría matarme en el intento. El tren llegará en algún momento a su destino, solo me resta aguardar. No debo perder los estribos ni desesperar.

—¿Hey, cómo se llama usted? ¡Responde, idiota! —comienzo a perder el juicio—. ¡Háblame pues, hijo de perra, o en cuanto me libere te partiré la cara!

Me sorprende mi propia violencia, aunque creo que esta surge con naturalidad de mi ser. Me arrepiento y dejo constancia de ello con mis siguientes frases:

—¡Disculpe, no quise tratarle así! ¿Está usted despierto? ¡Oiga! ¡Ya pues, responda!

Creo que ya es media hora la que llevo gritando sin obtener resultado. Tal vez aquel tipo está en el mismo estado que yo, aprisionado, o quizá se encuentra drogado, o simplemente está profundamente dormido. Si es así tiene

que ser el sueño más pesado de todo el continente porque he hecho suficiente ruido aquí como para despertar a toda Lima... ¡Lima! Por supuesto, ese es mi lugar de origen. Voy recordando las cosas. En Lima no hay muchos trenes, solo hay dos o tres. Recuerdo mi primer viaje cuando era niño, no lo recuerdo con exactitud tal cual fue, pero mantengo las sensaciones de aquel entonces y puedo decir que el tren de mi viaje infantil nada tiene que ver con este. No estoy en Lima, sino en otro lado, otro país, a lo mejor estoy traspasando la frontera en este momento. Puede que yo mismo haya escogido tomar este tren; siempre sentí deseos de viajar y llegar muy lejos, aunque también puede ser que me hayan traído aquí a la fuerza, con alguna oscura finalidad. Hay tantas posibilidades. Mientras me pierdo en tontas meditaciones, podría estar aproximándome cada vez más a mi muerte. Debo zafarme de estas putas amarras y averiguar lo que está pasando. ¡Vaya que soy quisquilloso! Pues así soy. Nadie le hace esto al buen James y sale bien librado. Me desataré y me vengaré de todos esos comediantes. ¡Se creen que esto es una buena broma!

Unas ganas terribles de ver sangre aparecen en mi cerebro. ¿Por qué? Yo no soy una mala persona. No debo serlo, sé que soy bueno. ¿Acaso es esto un castigo? ¿Acaso estoy pagando alguna culpa? Puede que algún bastardo intente hacerme pasar un mal rato, quizá vengarse de mí, pero, ¿en un vagón de tren? ¿Un transporte que va a quién sabe dónde? ¿Quién se tomaría la molestia de hacer todo esto? Este es un plan maquiavélico, el que lo haya perpetrado es un imbécil... o un genio. O quizá el imbécil fui yo en algún momento. Ya no lo soporto, tengo que articular un buen plan que me ayude a escapar de aquí cuanto antes, sé que si no lo hago mi vida correrá peligro. Yo soy James, James, no recuerdo qué más, pero tengo la certeza de que soy alguien grande, importante, no soy el maldito cobarde-idiota-inútil que pensé que era. No. Soy alguien mucho mejor y morir no está entre mis planes. ¡Maldita sea! ¿Quién me puso en esta situación? Esto es algo que deberé resolver cuanto antes. Tengo una idea para escapar de aquí, la pondré en práctica.

—Te amo —me dice. La veo de frente: sus verdes ojos son muy hermosos, los más sensuales y fulgurantes que mi vista ha admirado—. No deberías dedicarte a esto. Algún día podrías chocar con alguien que te quiere. Te adoro, por eso tengo miedo. Dejemos todo, James.

—No puedo evitarlo —me escucho decir a mí mismo.

Ella se acerca a mí. Sus cabellos son rojizos, un fuego llameante y seductor. Sus labios me alcanzan. Me besa haciendo suaves masajes con su cálida lengua.

—¿Te gusta?

—Tus besos son los mejores, mi amor.

—Me refiero a mi pelo. Es el color de moda. Ya no cambiaré de tinte cada semana. Me quedaré con este tono.

—Es horrible. Deberías cambiártelo —le digo—. Es jodidamente insoportable, como tú —le miento, ella es la chica más linda y dulce del mundo.

Intenta abofetearme, pero yo la sujeto del brazo. Entonces acerca su boca a mi oreja izquierda y murmura con una voz provocativa:

—A Frank le gustó. Cuando follamos anoche no cesaba de repetirme lo bien que me veía.

Le metí un puñetazo en su hermosa nariz. Ella cayó hacia atrás. Estoy seguro de que vertió algunas lágrimas antes de salpicarme de sangre.

Me despierto. Otro sueño, pesadilla, recuerdo, alucinación. Es inconcebible. ¿Quién es ella? Es bella, terriblemente bella. Siento que la amo, que la amé en algún momento, que la deseé con toda la fuerza de mi alma. Siento una ligera erección; gracias a esto, comprendo qué tanto la deseé. ¡Dios! No recuerdo su nombre. Pero ella sabía el mío: *James*. Escucho una voz femenina como de ultratumba, que recae en mis oídos, *James*. Es su voz. Estoy aquí por ella, lo sé. Ella me trajo aquí. Por supuesto. Las cosas empiezan a tornarse más claras. Como las piezas de un rompecabezas que se va armando.

Tengo que salir de aquí, eso es definitivo. Soy frágil y chato, pero tengo una fuerza sobrehumana. Consigo agacharme y muerdo la correa. Mis dientes son tan duros como los de un tigre. Hago presión, logro romper la primera amarra. Libero mis muslos, me pongo de pie junto a mi asiento y tiro un buen rato hasta que la segunda amarra cede y me hace caer sentado.

Puedo ver el entorno oscuro a través del vidrio de la ventana. Es de noche aún. ¿Es de noche aún? Este sendero es muy extraño, permanece igual durante todo el trayecto. No hay pueblos, ni sembradíos, ni el más ligero atisbo de civilización. Cierro la ventana metálica, no quiero observar el paisaje. La gran dureza del vidrio que mis manos tocan me ha quitado los deseos de saltar y escapar.

Me pongo de pie, camino por el pasillo. No hay sitio dónde poner equipaje, no tengo equipaje, ¿a qué clase de viaje va uno sin equipaje? Quizá no lo necesito, vine al mundo solo y puedo defenderme solo en este.

Le preguntaré al tipo que está adelante en dónde estamos y... ¡au! ¡Ouch! ¡Cómo duele el estómago! No puedo sostenerme en pie, caigo de rodillas. El dolor tarda un rato en irse. Me levanto el polo lentamente, enseguida me detengo; siento miedo de ver lo que tengo en mi barriga, quizá alguna herida. ¡Estos hijos de perra me han quitado los riñones! Me duele una enormidad, aunque no creo que me falte algún órgano, si fuera así, ¿por qué estaría tan lúcido? El dolor se aleja y puedo andar. Ha sido algo momentáneo; ignoraré cualquier tipo de malestar, si no logra detenerme por completo entonces no es nada grave. Camino los metros necesario y le digo al pasajero:

—Oiga, ¿dónde chucha estamos?

El sujeto no me responde. Me acerco un poco más, de costado, y no puedo verle el rostro por más que intento. Le muevo su delgado hombro, no parece ser el de hombre, se siente delicado. Cae la capucha y contemplo sus abundantes cabellos desparramarse hacia un lado, son castaños, con un toque de rojizo. Es una mujer.

—Oiga, ¿quién es usted? ¿Qué hacemos aquí, lo sabe? ¿Qué hago yo aquí? Será mejor que dé alguna señal de vida, porque si no...

—No es necesario que grites, pronto llegaremos —responde con una suave voz que me resulta familiar.

—¿A dónde llegaremos? ¡Oiga, míreme cuando le hablo! ¿Quién es usted? ¿Sabe qué hacemos aquí, qué hago yo aquí?

—¿No lo recuerdas James? Nunca creíste en estas cosas. Yo leía mucho, por eso sé.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que ya no estamos en la Tierra.

Toco su rostro, con intención de girarlo, mi mano se llena de sangre. Me alejo y caigo apoyado en los asientos de adelante a la derecha, en el extremo opuesto. Corro hacia la puerta de comunicación entre los vagones y grito:

—¡Oigan! ¡Déjenme salir de aquí! ¡Hay una muchacha herida! ¡Tienen que abrir!

No logro discernir aún lo que hay en el vagón contiguo. Me parece vislumbrar a algunas personas, pero no se mueven. Después de todo estoy más acompañado de lo que pensé. Las cosas se tornan más extrañas que antes. No entiendo nada. Aquella chica debería estar muriéndose de dolor y, sin embargo, no luce tan mal. Debo ayudarla, aunque el terror me invade. De pronto, la luz del vagón cambia, se apaga por completo. La luz del vagón siguiente, en cambio, se torna de un púrpura intenso.

—¡Ayúdenme, carajo! ¡Quiero salir!

Hago fuerza en la manija, pero parece hecha de un metal muy bien forjado que no cede, de repente la manija arde, quema mi mano derecha con intensidad, el metal se ha puesto al rojo vivo, ¡puta madre!

Me acerco a la figura sentada. Sé que no debo ver su rostro, sé que no debo seguir hablándole, pero insisto en hacerlo; soy tan obstinado.

—¿Está usted bien? No parece estar muy mal. ¿Qué le pasó?

—Pronto lo sabrás, cuando lleguemos. No es normal.

—¿No es normal qué?

—No es normal que recuerdes algunas cosas. No es normal que yo empiece a recordarlas. Debe ser parte del castigo —su voz es dulce y melodiosa. Continúa—: ¿Quieres saber si me encuentro mal, si me duele? Por supuesto que duele, tú debes saberlo mejor que nadie. Siempre duele, muy pronto llegaremos al túnel y hallaremos la respuesta.

Es ella, claro, la chica de mi sueño. Veo su ojo derecho mirarme. Sangre, mucha sangre. Fluidos extraños en su rostro. Mis nervios se alteran.

—La respuesta está en la luz al final del túnel —dice.

Me muero de miedo.

—Pronto llegaremos, aunque no terminará ahí. Allí empezará todo.

No siento ganas de orinar, ni de comer, ni de defecar, ni de golpear a alguien, reacciones que sé que tenía cuando... cuando... cuando... cuando estaba... vivo. ¡Mierda! ¿Por qué digo eso? Pateo la puerta, me alejo de aquella misteriosa figura, la dejo tal como está: mirando hacia un punto fijo delante de ella, hacia ninguna parte y a todos lados a la vez. Aunque no puedo ver su rostro completamente, sé que sonríe. Ella sabe que tengo miedo. Corro hacia el fondo del vagón, tropiezo y caigo de cara. Me hago daño. Duele unos momentos, el dolor pasa. Estoy histérico. No recuerdo haberme puesto en mi vida tan histérico, mi temperamento era único. Yo era frío como el hielo, ¿por qué demonios tengo estas remembranzas? Claro que estoy vivo, sigo vivo, no puedo desviar mi pensamiento hacia otras latitudes. Debo ver lo que hay al final

del vagón. Al final hay una ventanilla y puedo ver el tenebroso ambiente, un camino dejado atrás, rieles.

¡Es el último vagón! Debí suponerlo, la puerta está sellada, la ventanilla es bastante dura, sé que es irrompible; es una forma de decirme que debo continuar aquí, que no saldré.

La luz se prende y se apaga por momentos. Intento recordar, pero sé que no podré lograr mi cometido. Me duermo. Un corto sueño.

Su nombre es Eloise, su sonrisa es angelical, sus dientes perfectos, sus labios deleitosos. Me rodea con sus trigueños y arrulladores brazos. Estamos en un inmenso parque, hay muchas parejas, algunos niños jugando a la pelota a lo lejos. El sol brilla con ligereza.

—¡Quiero casarme contigo! —me dice de una manera encantadora.

—No podemos, debo seguir con ella —le respondo.

—Tú no la quieres.

—¿Cómo sabes?

—Si así fuera, no me harías el amor como lo haces.

—Tú no sabes nada. Lo hago contigo como podría hacerlo con la primera prostituta que me encuentre en el centro de la ciudad.

Ella parece querer llorar, pero se contiene un instante. Luego replica:

—Sé que eres bueno, muy bueno en el fondo y no quieres decir esas cosas.

—Claro que lo soy, pequeña, soy el hombre más bueno del mundo, cuando me muera me iré al cielo. ¿Has visto alguna vez alguien que colabore con la iglesia y con la caridad como lo hago yo? Mis padres eran católicos, aprendí mucho de ellos, por eso te diré una cosa: lo único que yo quiero es encajar en esta sociedad como el ciudadano decente que soy.

—Eso es lo que tú quieres. Te diré lo que yo quiero: tener un hijo, quiero que sigamos juntos y que seamos felices, que nunca fallezcamos y, si algún día morimos, quiero que lo hagamos juntos. Ese es mi deseo.

—Deseas muchas cosas, linda, pero el que toma aquí las decisiones soy yo.

Siento un calor en mi estomago, cuando ella suelta mi brazo y dirige su mirada hacia el fondo claro del parque.

—Sé que no te trato como te mereces —le digo con suavidad—, pero soy así y tienes que comprenderme. Soy una excelente persona y merezco muchas cosas, entre ellas tu amor. Tal vez el hecho de que la vida me haya tratado tan mal me ha hecho ser como soy, pero te amo, princesa, te amo con fuerza y quiero casarme contigo también —los ojos de ella se iluminan—. Pero ahora no. No me conviene. Ten paciencia, ¿estamos?

—Ella sabe que estás conmigo. Ella no te quiere.

—Es una agradable persona, la quiero y debo pensar cómo actuar con ella de aquí en adelante. Ya es demasiado engañarla contigo y someterla como lo hago. Es bondadosa, no es como el imbécil de tu padre que se entromete a cada rato en lo nuestro.

—Deja de hablar de mi padre, por favor.

—Aunque no es peor que ese cerdo despiadado de Frank, he notado cómo ese cabrón te mira, te follaría delante de mí si pudiese.

—Escucha, no niego que mi padre exagera, pero me adora, tanto como yo lo adoro a él. A veces suele exagerar con sus apreciaciones sobre lo nuestro, lo admito; y no niego que es claro que Frank siente algún tipo de deseo por mí, pero es tu mejor amigo y tu socio, tu hombre de más confianza. Sí, sé que ya no confías tanto en él como antes, pero al menos intenta confiar más en mí.

—Lo haré, pequeña, dame un beso.

Sus besos son como la erupción de un volcán, dulce sabor a gelatina de fresa. La quiero, soy feliz. Somos buenas personas. Dos seres que se adoran. A Dios le gusta que existan dos criaturas así. Ella es una persona valiosa, yo soy una persona valiosa.

Despierto. Estoy en cuclillas, apoyado en el muro. La luz ha vuelto a ser tenue, es azulada. Me pregunto si estas tonalidades luminosas que a cada instante se metamorfosean tendrán algún significado. Me pongo de pie, el dolor en mi estómago regresa, es insoportable. Me siento en el sillón reclinable de donde emergí por primera vez. Ella dijo que pronto llegaríamos al túnel y que la respuesta está al final, en la luz. Eloise, eres tú quien está delante de mí, aguardando al igual que yo, esperando llegar al otro lado.

He comprendido finalmente dónde estamos: nos hallamos en un tren al más allá, como el del cuento de Robert Bloch, un autor que leía con devoción en mi adolescencia. Es increíble cómo en los límites de la muerte uno puede recordar ciertas cosas. Siempre he sido catalogado como un tipo con suerte y con muy buena memoria, aunque dejé mi hábito por la lectura cuando conseguí un trabajo que no me gustaba, pero que me dejaba grandes ganancias. No recuerdo en que me empleé, quizá no era nada decente. No, sé que he sido honesto, que mi único y gran pecado fue amar a Eloise, eso es todo. Quizá este viaje extenso sea una especie de purgatorio. Al final, alcanzaré el cielo tal como lo desee. Aquí esperaré, recostado en el último asiento del último vagón. Eloise me dijo que ella leía mucho, por eso sabía. El túnel se encuentra al final del camino y al fondo de este túnel hay una luz. Ha habido casos así, de gente que estaba a punto de morir y veía la luz. Yo aún no he visto aquella luz, tal vez estoy en coma o algo parecido. A lo mejor aún quedan posibilidades de que despierte y me recupere. No, no quiero eso. Quiero morir, pasar al otro lado, a un universo de placer y bienaventuranza. Sé que podré alcanzar la meta que todo ser humano anhela al morir: llegar al jardín Edén, al paraíso. He sufrido mucho en mi vida, por eso sé que me lo merezco. Me aguarda el cielo, Dios y sus ángeles, junto a una gran recompensa, multitud de dones y gozo para toda la eternidad.

Hay asuntos que no comprendo: ¿por qué Eloise tiene su rostro ensangrentado? ¿Tal vez algún accidente? Quizá sus heridas sanen al llegar a nuestro destino. Ojalá sanen las mías. ¿Qué fue lo que pasó con nosotros? ¿Por qué este dolor en el estómago? Vuelve a surgir la laceración, me levanto el polo, necesito ver qué tengo en el vientre. Mis ojos se abren desmesuradamente. En la boca de mi panza tengo tres hoyos enormes que sangran y no lo había notado por la tela negra de mi polo. Los agujeros son profundos y no sé hasta dónde llegan. No importa, toda herida se curará cuando llegue... cuando lleguemos al cielo.

Eloise voltea su rostro hacia mí. El horror nuevamente cubre mi alma. La luz empalidece cada vez más. Deja de ser azulada, se torna violeta. Puedo ver

a la que fue mi amante, su sonrisa es espectral. Su rostro, cadavérico, nada tiene que ver con la belleza de mis sueños: no tiene piel en la cara, está cubierta de sangre, y le falta el ojo izquierdo; puedo notar que le faltan trozos de carne en el rostro y una oscura línea adorna su cuello.

—Es el túnel. Hemos llegado —dice.

Me estremezco.

Es verdad, hemos llegado, lo sé, porque de pronto todo se oscurece. Estamos dentro de un enorme túnel que se traga todo atisbo de luminosidad. El túnel. Es el túnel. Puedo notar que todo a mi alrededor se desvanece: la opaca apariencia de Eloise, los asientos, el techo las ventanas, el corredor, y puedo ver (no sé si en esta irrealidad o en mi mente) la luz al final del túnel, y comprendo que en esa luz final está Dios, el más allá, el otro mundo, lo que me ha sido deparado una vez traspasado el umbral la muerte. Sé que alcanzaré la gloria y paz eternas al momento que alcance el objetivo. La luz es intensa y crece cada vez más. Demora un poco. Es un túnel extenso, aunque parece que el tren ha acelerado su marcha. Quien lo maneja debe estar ansioso por llegar al umbral divino.

Me siento feliz, muy feliz. Una vida perpetua me espera en el cielo. Pero malditos sean los recuerdos: a medida que la luz se agranda, veo la imagen de Eloise; aparece y desaparece por momentos, sigue mostrándome esa demencial sonrisa. Escucho su perturbadora voz una vez más:

—Estaremos juntos para siempre y para siempre lo pagarás. Recuerda, yo ya lo hice.

Recuerdo. Es mi turno de hacerlo.

No sé exactamente lo que pasó; ella llegó a mi departamento de noche, ahí donde siempre nos encontrábamos para hacer el amor. Estaba alterada. No sé por qué, pero yo también sentía una ira inmensa; le grité con todas mis fuerzas:

—¿Por qué lo hiciste? ¡Era mi esposa, ella no había hecho nada malo!

—Sí, me lo hizo a mí. Ella tenía que morir —respondió Eloise, con esa voz tan suave y enfermiza.

—¡Puta, desgraciada! Raquel estaba esperando un hijo mío.

—Por eso lo hice, porque si alguien debía tener un hijo tuyo esa era yo.

Si supieras lo que le hice, puedo contártelo paso a paso.

La golpeé repetidas veces en el rostro hasta hacerla sangrar. Ella reaccionó y me echó en cara:

—¡Maldito seas, cobarde, idiota, inútil! ¿Acaso olvidas lo que le hiciste a mi padre?

—Tu padre era un viejo bastardo, se interponía entre nosotros.

—Yo amaba a mi padre, lo amaba, ¿entiendes? Y el pobre de Frank, lo que le hiciste fue horrible. Su esposa y su hijo lo encontraron aquella noche, ¿pensaste en el daño que le hacías a su familia?

—Nunca debió meterse contigo.

—¡Él era más hombre que tú! ¡Mi padre era más hombre que tú! ¡Tú eres una rata!

Cuando escuché la palabra *rata*, cogí el cuchillo. Ella no se resistió cuando acometí su cara, ni siquiera gritó. Recuerdo los súbitos impactos de bala en mi estómago, ella había sacado un revólver de no sé dónde, antes de desvanecerse había logrado salirse con la suya.

Mientras me arrastraba hacia el teléfono para pedir ayuda, lo supe; por fortuna, tuve unos segundos para pedirle perdón a Dios por todos mis pecados, así lograría salvar mi alma, Él se compadecería de mí, lo supe al expirar, ya me sentía elevado en su santa gloria.

Ahora pienso en algo que supe esa vez: ella consiguió que ambos muriéramos *juntos*.

¿Recuerdos? No, es una pesadilla, nada más. Me arrepentí a tiempo y Dios es perdón. Dios es amor, si uno se le entrega de corazón puede lograr que los errores se anulen.

La luz al final del túnel me invade. Estoy llegando a mi destino.

Una luz rotunda.

Preciosa.

Excitante.

Hay demasiado brillo.

Mucho brillo a mi alrededor.

Resplandores cuasi eternos.

Luz total, excesiva.

Escucho desde algún punto del espacio las carcajadas de mi acompañante.

No hago caso de aquellos sonidos de ultratumba. El terror se aleja de mi ser, una paz celestial me cubre. El cielo, el objetivo sempiterno. Alcanzar el cielo, esa es mi razón, mi meta. Porque soy un hombre nuevo y el paraíso es la última parada de los reformados.

El tren aminora la marcha, se está deteniendo. No puedo verme las narices debido a la luminosidad extrema.

Sonrío.

La gloria del Señor espera por mí.

El tren frena.

Frenó. Llegué a mi destino.

La luz del Todopoderoso no me permite ver nada más.

Pero no entiendo, si esto es el cielo y se supone que aquí habitan ángeles, ¿por qué siento (aparte de este calor tan intenso) que me crece un rabo y dos enormes cuernos se alzan en los extremos de mi cabeza?



La hora U

Por: *Isabel Sabogal*

Yo supe que Dios existía en la oscuridad creciente de la noche, en la creciente oscuridad... Más allá del insomnio y de los párpados a medio cerrar, más allá del límite borroso entre la realidad y el entresueño. Más allá de todo eso, más allá... Paisajes abstractos y formas cóncavas descendían ante nuestros ojos, seres extraños de otros planetas bajaban lentamente del Cielo, prendidos de sus paracaídas multicolores, para al fin cumplir con la hora «U», en la que las cosas cobrarían vida, vengándose de una vez por todas de los humanos, por su esclavitud eterna.

¿Cuál sería su signo, su señal premonitoria? ¿Acaso un pez, moviendo imperceptiblemente la cola en el fondo del espejo? Y sin embargo, oh, poesía cóncava, dulce palabra a flor de labios, supe que Dios existía tras aquel horror extraño de la noche. Fulguraban lucecitas a lo lejos, lucecitas que se iban aproximando lentamente. Se distinguían ya los ropajes y las formas, los rostros monstruosos de aquellos seres provenientes del espacio. ¿Cuál espacio? La noche se iba acrecentando y las estrellas resonaban amenazadoras. Desde el fondo de las lejanías siderales llegaba hasta nosotros el latido de Dios, tremendo y múltiple, aterrador y múltiple, cual una sinfonía mal interpretada. Toda la tierra ardía en un fuego consumidor, anhelando ya la salvación siempre añorada.

No había ya cabida para el hombre. Árboles inmensos caían encima suyo en los bosques, tremendos huracanes lo lanzaban al espacio. La naturaleza toda se vengaba de su esclavitud eterna. Los muebles, los espejos, las ventanas, las cosas todas le impedían salir de su propia habitación, asesinandolo lentamente, desmoronándose encima suyo, sin que tuviera defensa alguna. Varios hombres y mujeres yacían en los campos como aletargados, en un estado de inconsciencia total, sin tratar de captar ni comprender ya nada de lo que sucedía alrededor y sin actuar por lo mismo. Con los ojos extremadamente abiertos, contemplaban el cielo, sin percibirlo realmente, con una mirada casi muerta. Ya absolutamente nada tenía sentido para ellos, y daba lo mismo lo que habría o no habría de suceder. Algunos gozaban aún los últimos momentos de aquel atardecer ardiente, en retozos puramente animales, con el goce sensual y lento de quien va perdiendo la fuerza. La franja rosada que iluminó repentinamente el espacio no tenía nada que ver, ni con el alba, ni con el atardecer, ni con

la aurora boreal. No se supo si era la tarde o la noche la que declinaba, pareciera que se hubiera establecido un nuevo orden, sin precedente alguno.

Percibí, sentí como se acercaban hacia mi guarida. Sus pasos eran firmes, pero suaves, como los de un bailarín en escena. No sonaban, pero se sentían. Supe de pronto que tras aquella horrorosa mañana de la noche existía el rostro de Dios, pero ya tampoco nada tenía sentido para mí. Al igual que a los demás, me era totalmente igual, lo que habría o no habría de suceder. La fuerte luz de una linterna hirió de golpe la inocencia de mi rostro en flor. Pero daba igual, pues como dije, ya nada ni nadie tenía sentido para mí en aquel instante.

Ahora soy uno de ellos. Mis pasos, semejantes a los de un bailarín, no resuenan al pisar. Mi caminar es ligero y apenas perceptible. Cuando extendiendo hacia atrás mi ropaje, puedo volar por el espacio, cual un pájaro. He sojuzgado a las cosas, los mares, árboles y piedras a otra esclavitud eterna. En los atardeceres rosados me tiendo en la grama a gozar placeres puramente sensoriales. He perdido la memoria y no sé ya ni quién fui, ni quién seré al día siguiente. Pareciera que toda mi vida fue y será simplemente este instante eterno que estoy viviendo, pues no conozco nada aparte de él, nada aparte de la sensación de mis pasos en el agua o del calor enloquecedor, cercano y dulce de alguna hembra a mi lado. Y solo hay una cosa de la que no he perdido la conciencia: el tremendo latido de Dios y su presencia tras los colores de la noche.

Inspirado en el cuadro La hora U, que vi siendo niña en algún museo de Holanda.

ACUEDI Ediciones

PUBLICA CON NOSOTROS:

5 AÑOS DE EXPERIENCIA CON 60 PUBLICACIONES

ASESORÍA PARA VENDER LIBROS A TRAVÉS DE PLATAFORMAS WEB | PUBLICAMOS LIBROS IMPRESOS Y DIGITALES (EPUB Y PDF) DISTRIBUCIÓN DE LIBROS

ESCRIBE AL CORREO: hector@acuedi.org | 9 9325 8125 | [f / ACUEDI BIBLIOTECA](#)



El código utópico

Por: *Luis López Nuñez*

I

Blik 4 despertó en el hospital luego de haber permanecido inconsciente durante dos días a causa de una contusión en la cabeza que sufrió en el trabajo. Cuando le dieron el alta, un día después, salió de la institución médica y, al contemplar su ciudad, Zagos, de edificios pequeños y homogéneos, y la dinámica tan constante y tranquila de la gente, se sintió como un extraño. Abordó un taxi flotante, gracias a la levitación magnética, y le pidió que lo llevara a su casa. Mientras recorrían las calles metálicas de la ciudad, a Blik 4 le comenzó a parecer un poco raro el meticuloso orden que imperaba en la urbe. Veía a sus contemporáneos ir y venir, contentos con sus trabajos, sus ritmos de vida, sus salarios, sus vecindarios, sus posesiones; acatando al pie de la letra preceptos básicos como el de mantener limpias las calles, el de vestir con los colores de su correspondiente nivel social, el de no alterar el orden, el de no mentir, el de no tener más de un hijo, el de conformarse con lo que tenían o, dicho de una forma más exacta: con lo que los regentes les habían permitido y asignado. Él formaba parte de ese patrón social e, igual que todos, había estado conforme y feliz con ello. Pero ahora era diferente, porque todo lo que estaba viendo a través de la ventana del vehículo le parecía anormal y lo hacía formularse preguntas que antes nunca se hubieran atravesado por su mente.

El taxi flotante se detuvo, pagó los créditos, bajó de él y entró a su casa de dos plantas que, al igual que las demás del vecindario, estaba construida con polímeros de elevada resistencia y paneles solares perfectamente distribuidos, y estaba pintada con el color asignado a su nivel social: el azul marino. Ya en su pequeña habitación, cansado aún por la postración y abrumado por sus cavilaciones recientes, se echó a dormir sin importar que aún faltaran varias horas para la hora en que todos dormían. Despertó a las 7 am del día siguiente —como siempre lo hacían él y el resto de la gente—, se duchó con el agua esterilizante, destapó una lata de Desayunex y comió la masa marrón que contenía los nutrientes necesarios y en la proporción exacta para iniciar el día y no tener que

llevarse un bocado más durante su transcurso. Su sabor no era malo, pero tampoco bueno y no había ingerido ni siquiera la mitad cuando lo abandonó. Por primera vez en su vida se sentía fastidiado de comer siempre lo mismo.

Como tenía permiso para ausentarse de su trabajo, hasta que se repusiera por completo del duro golpe, salió a caminar porque quería observar más a detalle el mundo al que había pertenecido durante veinticinco años y que ahora le empezaba a parecer ajeno. Recorrió su calle donde todas las casas eran iguales: pequeñas, azul marino, hechas con una mezcla de plásticos y paneles solares, de dos plantas y con un diminuto jardín enfrente. Y luego las demás calles que también eran idénticas. Y así continuó caminando, atravesando otros barrios donde las casa eran de otros colores y tamaños, sintiéndose como en un laberinto repetitivo e interminable, hasta que sus pasos lo condujeron a una banca de uno de los muchos parques que tenía Zagós.

Tomó asiento y contempló como la gente, vistiendo ropas con sus colores sociales respectivos, se divertía practicando alguno de los muchos deportes existentes, tenía un picnic con los amigos o jugaba con su único hijo. Veía a los niños correr vistiendo los colores que les correspondían, perseguidos por sus jóvenes padres que tenían edades que oscilaban entre los veinticinco y treinta años. Todo aquello le parecía como una ilusión, un espejismo.

Para Blik 4 esa aparente felicidad ya no era real, era más como un «componente» que cada individuo tenía que llevar consigo o como uno más de los preceptos básicos que se tenían que acatar. Él no tenía una idea exacta de lo que ocurría, solo se preguntaba cómo es que todos estaban conformes y felices con lo que tenían y el por qué cuando ascendían a un color más poderoso no era por iniciativa propia, sino porque alguien de arriba así lo había deseado. Él mismo había estado contento con su color, el penúltimo más bajo, y nunca había tenido intenciones de pasar al azul. Pero, a final de cuentas, aunque de pronto alguien quisiera crecer, la tarea le resultaría imposible, ya que para ello necesitaría que le cargaran en su cerebro la información necesaria para desarrollar un trabajo superior y eso siempre dependía de las personas que vestían con los colores más cercanos al rojo.

En ese momento, mientras veía a un niño vestido de amarillo de no más de seis años tocar el violín magistralmente para el deleite de sus padres, Blik 4 se estremeció porque creyó descubrir el meollo del asunto: a los recién nacidos se les cargaba un primer paquete con información y conocimientos básicos, luego a los diez años se les daba un segundo paquete más amplio y a los quince años se les cargaba el paquete final correspondiente al color de sus padres para que pudieran empezar a laborar. Aunado a esto, se podían comprar paquetes suplementarios que brindaban ciertos conocimientos o habilidades extras. Sin embargo, nada impedía que entre esa información minuciosamente suministrada no hubiera un «código» oculto que les hiciera serviciales y conformistas. Si esta conclusión a la que llegó Blik 4 después de meditarlo toda la mañana y tarde en la banca de aquel parque era correcta, entonces significaba que no existía el libre albedrío y que la humanidad no era más que un grupo de autómatas que desarrollaban funciones específicas asignadas por alguien más.

Blik 4 regresó a su casa al anochecer, abrumado y asustado por lo que comenzaba a entender. Se agazapó en un rincón temiendo que alguien supiera que él era consciente de la realidad y lo apresaran, lo mataran o, lo que era peor, le volvieran a transformar en una marioneta carente de convicciones. Sudoroso y tembloroso, como un adicto en abstinencia, abandonó su hogar porque le parecía inseguro. Tomó un taxi que lo llevó a la estación de trenes y abordó uno de los bólidos flotantes que se desplazaban a más de 600 km/h rumbo a Blistrik, la ciudad donde vivían sus padres y la capital de Rogos —antes Norteamérica—, uno de los siete Grandes Países. En el trayecto, mientras veía a la ciudad difuminada como consecuencia de la alta velocidad y ya algo calmado, dedujo que, en un mundo tan controlado donde al parecer nunca había perturbaciones ni las había habido en quién sabe cuántos años, era innecesario vigilar a la población. Por lo tanto, no tenía que preocuparse de que alguien anduviera tras él. Con esta conclusión a la que llegó, su paranoia desapareció y el resto del viaje la pasó viendo caricaturas que se le hacían tontas, pero que antes le habían parecido hilarantes, así como pensaban los demás pasajeros del tren.

Al llegar a casa de sus padres cuatro horas más tarde, poco antes de media noche, hora a la que todos, sin excepción, dormían, se abstuvo de platicarles sus deducciones y temores, y fingió que su presencia ahí era solo una visita sorpresa. En el poco tiempo que les restaba antes de ir a dormir, estuvieron platicando sobre su accidente. Pero Blik 4 hablaba sin prestar atención a lo que pronunciaba, porque el comportamiento de sus padres lo abstraía: siempre sonrientes, tomados de las manos y dándose pequeños besos de tanto en tanto. Un comportamiento que al igual que ocurrió en el parque le parecía irreal. Y muy a su pesar, sin saber el por qué, él se sentía obligado a fingir una felicidad semejante y procuraba estar sonriente. Al dar la medianoche se desearon buenas noches y se retiraron a dormir.

A la mañana siguiente, Blik 3 y Laniva 3, los padres de Blik 4, luego de su ducha esterilizante y su lata de Desayunex se marcharon a trabajar y él, una vez más, se sintió abrumado por lo que observaba: sus padres llevaban treinta años trabajando, descansando solo un día a la semana —el que les habían asignado al momento de cargarles el último paquete informático—, desempeñando siempre la misma labor, recibiendo el mismo sueldo y lo seguirían haciendo por quince años más, que era lo que marcaba la ley. Luego podrían descansar cinco años para hacer «lo que quisieran», que siempre consistía en viajar por los siete Grandes Países, para finalmente morir al cumplir los setenta y cinco años de edad. Ni un año antes ni un año después. Y eso era algo que ocurría todos los días: diariamente muchas personas ancianas morían y nadie nunca se cuestionaba el por qué, simplemente lo consideraban como un proceso natural. Pero Blik 4 ahora empezaba a dilucidar que no era así, que esa «muerte natural» a los setenta y cinco años en realidad era algo programado por los que manejaban la información. Eso lo impulsó a tratar de desvelar el secreto tras el flujo controlado de información.

Blik 4 no aguardó a que regresaran sus padres y se dirigió a un Transferidor Beta, donde la gente con una reminiscencia de curiosidad acudía y, por una cantidad de créditos considerable, le cargaba a su cerebro información

pobre, más que nada sobre la vida cotidiana y un poco sobre cultura y ciencias. Podían pagar para que se les transfirieran libros clásicos de la remota época en la que se solía leer o información de animales, plantas, lugares o personajes famosos. Así como instrucciones para poder dibujar, para conducir, para practicar algún deporte, para hacer manualidades, para tocar algún instrumento y otras cosas más. También se podía conocer algo de historia. Blik 4 gastó la mayoría de sus créditos en comprar la poca información disponible sobre el inicio de la transferencia de información de las computadoras a las mentes humanas. Se recostó en una camilla, le inyectaron una sustancia azul en la vena del antebrazo y le conectaron, en el minipuerto de entrada de su sien derecha, un delgado biocable que surgía de una torre-computadora alrededor de la cual estaban dispuestas las camillas. En menos de cinco minutos abandonó el Transferidor Beta sabiendo que a principios del siglo XXII un científico llamado Albert White descubrió que, usando una droga denominada LON-89, el cerebro se sobre-estimulaba y era capaz de captar y procesar la información diez mil veces más rápido de lo habitual. Al final de ese mismo siglo otro, científico llamado Walter Reus logró transferir la información digitalizada a los cerebros sobre-estimulados mediante el famoso biocable o enlazador. A partir de entonces la transferencia de información de computadoras a humanos se volvió el negocio más redituable, popular y solicitado por todos los sectores sociales. Así el mundo empezó a cambiar paulatinamente, pasando del caos natural al orden cibernético. Algo que también pudo vislumbrar Blik 4 fue que, después de esos grandes descubrimientos, ya no hubo otros tan significativos. La humanidad se quedó estática, se aletargó, abandonó sus investigaciones prometedoras y se conformó con lo que ya tenía. En otras palabras, fue a finales del siglo XXII cuando surgieron los primeros autómatas.

Blik 4 caminó por las calles de Blistrik mientras hacía un pobre intento por relacionar la información que tenía con lo que sus ojos veían y tratar de descubrir lo que le había ocurrido al mundo. Sin saber cómo, llegó hasta el Zoológico de Blistrik y se adentró en sus pasillos. Observó con desgana los pocos animales que resguardaba: perros, gatos, cebras, cerdos, algunas aves, leones, tigres, caballos, gallinas, patos y monos. Estos últimos captaron su atención porque, justo cuando pasó por su recinto, ellos iniciaron una pelea. Se detuvo a observar cómo, lo que aparentaban ser dos bandos de simios, se golpeaban con sus manos, se intentaban morder, chillaban, gritaban, corrían de un lugar a otro azotando los puños contra el suelo, trepaban en los árboles para luego volver a bajar o para pelear sobre las ramas, hasta que de pronto el frenesí se acababa y la tranquilidad regresaba. Entonces recordó que nunca había visto una pelea o siquiera una discusión entre humanos como, al parecer, solía ocurrir en el milenio pasado y comprendió que era imposible que algo así sucediera en un mundo conformista, controlado y sometido.

Blik 4 se sintió furioso y pensó que los culpables eran los siete regentes. Pero casi al mismo tiempo que dedujo aquello, una especie de revelación lo estremeció y le hizo cambiar su forma de pensar con respecto a los siete hombres que vestían de rojo. A pesar de que ellos tenían conocimientos avanzados y específicos de diversos campos a los que nadie más podía acceder y de que se

encargaban de brindar la información a los demás niveles sociales, también ellos actuaban como autómatas. De esos siete hombres de barbas blancas y largas se esperaba que hicieran lo que quisieran y que no acataran las reglas ni preceptos, pero no era así. En realidad, lo único que los diferenciaba de los demás, a parte del color de sus ropas, eran los conocimientos avanzados que les permitían administrar a sus países. Fuera de eso eran como cualquier otro individuo.

Abandonó el zoológico a grandes zancadas, sudando copiosamente y respirando con agitación, porque la información que se le revelaba ante sus ojos era inmanejable para él y le provocaba un malestar general el solo encontrar más dudas y ninguna respuesta. De pronto, se le nubló la vista y se desplomó cayendo sobre sus rodillas. Alguien que pasaba por ahí lo ayudó a levantarse y Blik 4 lo vio directo a los ojos y sintió deseos de decirle la verdad, pero luego sintió repulsión y lo empujó para que se le apartara, porque a ese hombre lo veía como a un muñeco, como a una máquina, como cualquier cosa pero no como a un hombre. Sabía que si le decía la verdad no le creería, que todo lo que le dijera y le mostrara a aquel cerebro cegado y manipulado le sería imposible aceptarlo. Así que en su lugar e intentando desafiar el orden utópico del mundo, le soltó un burdo golpe en el rostro y lo derribó.

De inmediato, las personas que transitaban por el lugar se acercaron y lo apartaron del buen samaritano a empujones. Pero después lo dejaron ahí, dirigiéndole solo miradas de extrañeza. Se marcharon como si nada hubiera ocurrido. Blik 4 se sentó en la acera, viendo la reluciente carretera metálica mientras trataba de regular su respiración. A la vez, recordó que alguna vez escuchó que en los siglos anteriores existieron muchos países en el mundo y muchas personas viviendo en ellos. Por lo tanto, existían personas que ponían orden y castigaban a los infractores de las leyes, lo cual ratificaba su teoría de que antes la gente podía hacer lo que le diera la gana —aunque muchas veces era castigada por ello— y que fue a finales del siglo XXII cuando empezaron a perder su libre albedrío.

Entonces quiso saber qué es lo que harían con alguien que viniera a perturbar la tranquilidad y que se saliera de todos los parámetros preestablecidos y, con una mirada demente, hizo lo único que se le ocurrió: viajó de regreso a Zagos, fue a su trabajo dedicado a la producción de químicos e inició un incendio. El siniestro fue tan grande que esa misma noche no lo pudieron controlar, fue hasta la mañana siguiente cuando lo consiguieron. Y aunque todos sabían que Blik 4 había sido el que lo provocó, salvo unas miradas de desaprobación y algunas palabras fuertes, nadie hizo algo para castigarlo, solo lo ignoraron y continuaron con sus labores. Incluso al lugar llegaron personas vestidas de verde y una de amarillo, pero tampoco le llamaron la atención o lo reprendieron. Era evidente que el comportamiento de Blik 4 era algo nuevo. Los demás no sabían como lidiar con eso.

II

La impotencia que Blik 4 sentía por ser incapaz de develar el secreto de la somnolencia de la humanidad, lo llevó al borde de la locura y dejó de dormir, de comer, de asearse y solo se dedicó a ir de un lugar a otro, como los vagabundos de los siglos pasados, sufriendo por ser el único ser humano libre y, a la vez, el más solitario. La gente lo veía, con su horrible aspecto —un aspecto nunca antes visto en alguna otra persona de la época—, pero no les importaba y ni siquiera sentían curiosidad de saber por qué se encontraba así.

Pronto entendió que nunca sabría cómo es que el mundo se transformó en eso, porque la información existente era finita y tal vez estaba manipulada. Más allá de la información que poseían los siete regentes no había más, y Blik 4 lo sabía porque esos siete hombres ya no ascendían a otro nivel, a otro color. Simplemente, antes de cumplir los setenta y cinco años y morir, se encargaban de que la información fuera transferida a su primogénito y eso era todo. Esto también significaba que ni las personas que vestían de rojo ni ninguna otra manejaba el grueso de la información disponible, y que el «código» que transformaba a la gente en autómatas se venía arrastrando desde varios siglos atrás y nadie estaba exento de poseerlo o, lo que era lo mismo: todos seguían el plan maestro que alguien había creado mucho tiempo atrás.

Tal vez había sido una sola persona: el científico que descubrió como transferir la información digitalizada a los cerebros, o algún gobernante, algún empresario, algún idealista, un loco, un sabio, un tonto. O tal vez un grupo de personas. Fuera como fuera, en algún momento se transfirió el primer bloque para empezar a construir una utopía y, a partir de entonces, ese bloque se replicó y propagó como un virus. Y Blik 4 supo que así como para llegar hasta la «perfección» se necesitaron varias generaciones, para que se regresara a la normalidad, al ritmo natural de la vida, también se necesitaría el mismo tiempo. El primer paso para la liberación humana era eliminar el primer paquete de información suministrado a los recién nacidos, porque seguramente ahí era donde se hallaba el «código esclavizador». Entonces, lo que tenía que hacer era ir a los siete Transferidores Alfa, de los siete Grandes Países, y destruirlos.

Sin perder tiempo fue a Blistrik, donde se ubicaba el Transferidor Alfa de Rogos: una torre enorme de silicatos y circuitos que almacenaba, en aproximadamente quinientos zettabytes, toda la información digitalizada disponible, y donde la gente de todas las clases sociales del país llegaba para recibir alguno de los tres paquetes informáticos obligatorios. Los padres llevaban a sus hijos de apenas una semana de nacidos que, dependiendo del sexo, tenían el nombre de alguno de ellos precedido por el número de la generación en turno, y con tan solo mencionarlo al poderoso ordenador, se les cargaba la información correspondiente. De igual forma, los que iban por el segundo o tercer paquete informático, con el simple hecho de decir su nombre, recibían su información respectiva.

Antes de intentar destruir el Transferidor Alfa, Blik 4 observó a la gente que hacía filas para poderse conectar con la super torre-computadora, con

especial atención a los bebés, que gozaban de una verdadera libertad solo en su primera semana de vida, cuando todavía ni siquiera eran conscientes de ello, por lo que se decidió más que nunca a cumplir con su propósito. Pero las imágenes de los monos regresaron a su mente y estas, a su vez, le trajeron anécdotas que había escuchado sobre cosas dolorosas y lamentables que solían ocurrir en los tiempos pasados. Entonces, antes de intentar destruir el Transferidor Alfa, decidió primero conectarse a él y averiguar más sobre ese pasado turbulento y violento.

Se hizo pasar por Acam 7, el hijo de Acam 6, el hombre de rojo que dirigía Rogos y, en poco más de tres horas, de entre la basta información que recibió, la única que le importó fue la concerniente a los milenios pasados. Conoció más de cerca la violencia y brutalidad de las guerras, la crueldad de la hambruna, la enfermedad y la pobreza. Incluso supo de algunas penurias y males que azotaron a la humanidad, muchos de ellos infligidos por los humanos a sí mismos, y sintió más pánico que el que experimentó después de despertar en el hospital. Ahora se preguntaba cómo fue que los humanos antiguos habían podido vivir en un mundo plagado de dolor, cómo es que pudieron sobrevivir con tanta miseria, cómo convivían entre sí sin escrúpulos y sin seguir ninguna regla. Ese mundo, el mundo de la libertad, le había causado terror y ahora no sabía qué hacer.

Los platos de la balanza, donde de un lado estaba el mundo con dolor, pero también con libertad y una felicidad anhelada y pocas veces alcanzada; y en el otro un mundo sin dolor, pero con un sometimiento inconsciente y con felicidad; se encontraban terriblemente equilibrados frente a sus ojos. Lo meditó por un instante, rememorando lo feliz que había sido antes del accidente y todo lo que había sufrido posterior a él. Concluyó que el no tener anhelos más allá de los que se te han brindado te hace feliz, porque no tienes la necesidad de luchar por algo, de hacer todo lo posible y necesario por obtenerlo, de fracasar miles de veces antes de conseguirlo y de sufrir en cada una de esas ocasiones. En cambio, si eres libre, desatas una lucha encarnizada por cumplir esos anhelos y experimentas la infelicidad. Además, si te encuentras en un mundo en el que cada individuo hace lo que más le conviene, te enfrentarás a muchos problemas y las acciones de otros, completamente ajenos a ti, repercutirían sobre tu vida de formas tanto positivas como negativas; pero si vives en un mundo en el que todos sus individuos funcionan como una unidad y nunca hay variaciones, tienes la certeza de que nada afectará tu bienestar. Por esos motivos, Blik 4, con lágrimas en los ojos y temblando, se volvió a conectar al Transferidor Alfa y dijo que su nombre era Blik 5.

En pocos minutos volvió a recibir la información que hacia veinticinco años le habían cargado, entre ella el «código esclavizador» y, a pesar de que seguía teniendo los recuerdos de lo ocurrido en los últimos días, para él ya no significaron nada. Blik 4 renació como Blik 5 y volvió a formar parte del mundo utópico.

AUTORES



Falco Rivera

(Lima, 1969). Fotógrafo. Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Lima. Actualmente trabaja en consultorías de edición fotográfica y como educador visual. También ha escrito artículos de cultura popular para distintas revistas.



Pedro Cordero

(Chihuahua, 1987). Licenciado en Derecho con maestría en estudios sobre terrorismo. Actualmente trabaja como abogado familiar y escribe para la revista Faro Liberal. En 2013 publicó el libro de ciencia ficción *La sombra del culto*.



Carlos Enrique Saldivar

(Lima, 1982). Dirige *Argonautas*, *El Horla* y *Minúsculo al Cubo*. Publicó *Historias de ciencia ficción* (2008), *Horizontes de fantasía* (2010), *El otro engendro* (2012), *Nido de cuervos: cuentos peruanos de terror y suspenso* (2011) y *Ciencia Ficción Peruana 2* (2016).



Julio Cevasco

Julio Cevasco (Lima, 1985). Traductor e intérprete colegiado con conocimientos de alemán, español e inglés. Actualmente estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Múnster, Alemania.



Isabel Sabogal

(Lima, 1958). Astróloga, traductora, novelista y poeta bilingüe, criada entre el Perú y Polonia. Publicaciones: *Requiebros vanos* (1988), *Poesía escogida* (traducciones del poeta polaco Czesław Miłosz) (2012) y la novela *Un universo dividido* (2016). Blog personal: isabelsabogal.blogspot.com



AUTORES



Luis López Núñez

(Ciudad de México, 1989). Químico Farmacéutico Biólogo por la UNAM, con cursos en creación literaria y ciencia ficción. Ha publicado en la revista mexicana Punto en Línea y en la revista española Portal Ciencia y Ficción. También es escritor de divulgación científica.



Merlín Chambi

(Tacna, 1989). Estudiante de Historia en la UNFV pero escritor de cuentos por obra de la contingencia. Le gusta la literatura de Poe, Borges, Ribeyro y se autodenomina seguidor de la obra de Ray Bradbury. Actualmente publica cuentos de temática fantástica en su blog El Espejo de María Antonieta.



Gerardo Espinoza

(Lima, 1987). Artista gráfico, titulado en diseño gráfico publicitario. Se dedica actualmente a la ilustración. Es retratista, pintor de animales y escenarios. Está escribiendo actualmente su primera novela corta. Lã portada es obra suya.



Reseñas



LA SOCIEDAD DE LOS CONEJOS



Aldana Loureyro
ACUEDI Ediciones — 2020

Las buenas experiencias siempre son una mezcla apropiada de elementos novedosos y previsible. En concreto, el segmento de experiencias literarias que llamamos ficción especulativa encuentra su fuerza y sentido en la tensión entre dichos elementos: un equilibrio que busca generar sensación de maravilla sin sumirnos en una confusión donde no podríamos reflejarnos. A lo largo de los dieciséis relatos que componen *La sociedad de los conejos* (ACUEDI Ediciones), Aldana Loureyro nos propone un camino entre lo mundano y lo mágico. Recurriendo a una forma narrativa en la que se encuentran ecos del cuento popular, la autora nos ofrece con soltura dosis de ficción breve y concentrada en

la que, a través del contacto con lo asombroso, nos encontramos con la intimidad más radical de sus personajes. De este modo, espíritus de fuego, animales de fábula, robots humanizados y extraños monstruos nos conectan con una intimidad que tiende puentes hacia vivencias que se encuentran en la raíz de lo humano, como pueden ser la soledad, la angustia de abandono, la necesidad de conexión o la búsqueda de propósito. A caballo entre lo real y lo maravilloso, entre lo íntimo y lo universal, *La sociedad de los conejos* (ACUEDI Ediciones) nos recuerda que todos somos sencillamente más humanos que cualquier otra cosa.

Miguel Huertas

EL PESO DEL ACERO

De Miguel Huertas
ACUEDI Ediciones — 2018



Se centra en un viejo guerrero cansado de la guerra que huye de sus propios demonios internos. Piensa que la muerte es el fin de su camino. Sin embargo, las sorpresas del destino le permiten darse cuenta que no todo está dicho.

PANDEMIA Z — Supervivientes

De Poldark Mego Ramírez
Torre de papel ediciones — 2019



Relata una gran invasión zombie en Lima, que vive un eterno toque de queda. Su trama navega en entre el horror y el caos de la psique humana. No te prepara para el desastre; te confronta si eres capaz de hacer lo necesario para vivir.

